

PONCIANO NIETO, C. M.

Santa Teresa de Jesús
Confirmación Evidente
de la
Verdad del Cristianismo

SANTA TERESA DE JESÚS
CONFIRMACIÓN EVIDENTE
DE LA VERDAD DEL CRISTIANISMO



OTRAS OBRAS DEL AUTOR

“Historia de las Hijas de la Caridad desde sus orígenes hasta el siglo XX; 2 tomos de más de 400 páginas cada uno.

Es obra de reciente publicación y única en su clase.

En rústica 10 pesetas.
 Encuadernada 14 ”

Introducción al estudio de la Sagrada Escritura.

En rústica 3.50 pesetas.
 Encuadernada 4.75 ”

Vida de Santa Luisa de Marillac, fundadora del Instituto de las Hijas de la Caridad; 3.ª edición.

Un tomo de 544 páginas.

Encuadernado en tela... 6 pesetas.

Historia de la Congregación de la Misión en Méjico.

Un tomo de 432 páginas.

Encuadernado en tela... 6 pesetas.

La Beata Catalina Labouré y la Medalla Milagrosa.

Un tomo de más de 300 páginas.

Encuadernado en tela... 5 pesetas.

Historia de san Vicente de Paúl, de Mons. Bougaud, traducida del francés y precedida de una copiosa Introducción acerca de los historiadores del Santo. Dos tomos.

En rústica 8 pesetas.
 Encuadernado en tela... 10 ”

Vida de san Vicente de Paúl: Compendio de la anterior. Un tomo.

Encuadernado en tela... 6 pesetas.
 Hay ejemplares en papel
 de hilo a..... 12 ”

La Gran Cuestión, o Verdad del Cristianismo; 6.ª ed.

Un ciento 17 ptas. 25 ejemplares 5 ptas.
 Medio ciento... 9 ” Un ejemplar. 0,25 ”

(Los pedidos pueden hacerse a Madrid, calle García de Paredes, 45, o calle Lope de Vega, 38; y a cualquiera de las librerías católicas de dicha capital.)

SANTA TERESA DE JESÚS
CONFIRMACIÓN EVIDENTE
DE LA
VERDAD DEL CRISTIANISMO

POR
PONCIANO NIETO, C. M.



MADRID
IMPRESA REGINA
LEMUS, 7
1935

ES PROPIEDAD DEL AUTOR



8 109309

AL QUE LEYERE

Brevemente y a modo de advertencia preliminar, expondré al lector el objeto del libro que tiene en sus manos.

Como tantos otros, yo he sido un lector asiduo de santa Teresa de Jesús. Y esto toda la vida. Y uno de los mayores atractivos que para mí tenían y siguen teniendo los escritos de la Santa, es el de la luz por modo natural salta de ellos, iluminando los problemas más hondos de la naturaleza y del Cristianismo. Cierto que no faltan obras que, apoyadas en los dictámenes de la razón y del saber humano, nos ponen de manifiesto en lo posible la verdad de los unos y de los otros. Y su lectura nos ilustra y satisface. Pero hoy generalmente preferimos, al menos en ciertas cuestiones, la luz de los hechos a la del discurso y del mero raciocinio. "Un hecho bien comprobado, decía ya Pasteur, vale más que cincuenta razones"; es decir, que cincuenta argumentos. Gustamos realmente de que la verdad nos entre por los ojos. Y como, según veremos en su lugar, las comunicaciones sobrenaturales de santa Teresa de Jesús, no sólo son hechos incontrovertibles, sino que dicen relación con los puntos más esenciales de la teología católica, he creído que su exposición no podría menos de ser un nuevo argumento y mara-

villosa confirmación de la verdad del Dogma cristiano.

Realmente, esa virtud, entre otras, han tenido y seguirán teniendo para muchas almas todos los días. Véase en prueba de ello un hecho solo, el siguiente, que en 1639 refería D. Duarte de Braganza a su hermano: “Estando para firmar esta carta, le escribía, se me acordaron dos cosas que acontecieron los días pasados en Breme, en el ducado de Witemberg, ciudad muy nombrada en Alemania, de donde salen los mayores herejes que hay aquí. Era rector de ella, había muchos años, uno destos, que tenía dado en que entender con sus libros a todos los letrados de estas partes. Oyendo decir mucho de Santa Teresa, envió a buscar un libro de su *Vida*, para lo reprobear y confutar. Escribió tres años sobre ella, quemando en un mes lo que en los otros escribía. Resolvióse, en fin, que no era posible, sino que aquella Santa seguía el verdadero camino de la salvación, y quemó todos los libros. Dejó el oficio y todo lo demás, y en breve se convirtió, el día de la Purificación pasado, en que le vi comulgar con tanta devoción y lágrimas que se veía era grande la fe que tenía. Vive como quien se quiere vengar del tiempo perdido.” (1).

(1) V. Biblioteca de Autores Españoles: *Escritos de Santa Teresa*, añadidos e ilustrados por Don Vicente de la Fuente. (Madrid, M. Rivadeira, 1861); t. I, p. X.

Densa niebla de prevenciones tiene que envolver realmente el alma de quien leyendo las obras de santa Teresa no se sienta iluminado y saludablemente envuelto por los rayos del sol de la verdad. Hasta imposible, en mayor o menor grado, me parece el supuesto. Sobre todo, si se persevera en dicha lectura.

Para facilitar por nuestra parte la consecución de gracia tan apetecible y soberana, y ni más ni menos su aumento y conservación, vamos a poner manos a la obra de escribir el presente estudio, compuesto naturalmente de dos partes: una en que, después de recordar brevemente la vida de la Santa, analizaremos sus cualidades físicas y psicológicas, así como el carácter de sus hechos y relaciones sobrenaturales; y otra en que, conocido el terreno y satisfechos de su bondad y solidez, haremos por levantar el edificio de nuestro propósito de hallar en las comunicaciones sobrenaturales de la Santa una confirmación segura y luminosa de la verdad del Dogma cristiano, o lo que es lo mismo, de las enseñanzas de Jesucristo y de su Iglesia.

Como su mismo título lo indica, la obra se dirige en primer término al creyente, pero con el creyente convida a su lectura a todo aquél que, por el hecho de ser hombre, tiene a su disposición entendimiento para discurrir y un fondo de esos principios y sentimientos de *ser razonable* que dieron pie a Tertuliano para declarar a

toda alma *naturalmente cristiana*. Dejando pues a un lado preocupaciones sin fundamento y aspirando al bien y a la verdad, éntrese por estas páginas, escuche a la gran doctora, toda luz y naturalidad, según él mismo tendrá ocasión de ver, y esté seguro de que no perderá nada y de que saldrá ganando mucho con su trato y lectura.

Haga la prueba.

Prueba que, dado el tamaño de la obra, no habrá de ser ni muy ardua ni muy difícil. Realmente, por lo mismo que hemos querido proporcionar a todo el mundo, a la joven como al magistrado, al estudiante como al labriego, a la religiosa de vida activa como al personal de sus innumerables centros de beneficencia y educación y al obrero como al patrono, la dicha de ponerle al habla con santa Teresa de Jesús, nos hemos esforzado por conseguir que la entrevista resulte fácil, haciendo que el volumen de la obra en que vamos a oírla disertar, sea para todos de fácil adquisición y de no difícil lectura.

Quiera el Señor hayamos acertado en la realización de nuestro propósito.

Persuadido además, de la verdad de mi tesis, ruego a la santa bendita que se digne iluminar los entendimientos de cuantos pongan sus ojos en estas páginas, con aquellos rayos de luz suavísima y celestial que envuelven su nombre y los hechos todos de su vida.

PARTE PRIMERA

CUESTIONES PRELIMINARES



CAPITULO I

Datos biográficos.

Santa Teresa de Jesús.

Para toda persona de alguna ilustración, creyente o no creyente, es en la noche de los tiempos algo así como una estrella mayor en el cielo de las ideas y de las aspiraciones más nobles y levantadas del hombre. Sin otra condición que la de tener dos dedos de frente, apenas si habrá uno que habiendo leído las obras de la Santa, ponga límites a la admiración que hacia ella se haya despertado en su espíritu.

“En ella—escribe el más documentado y erudito de sus historiadores—resplandecieron en grado maravilloso las cualidades y perfecciones más excelsas de la naturaleza humana...”

“Entendimiento vasto y profundo, corazón magnánimo y liberal, espíritu hecho para las grandes cosas, prudencia singular, largueza y generosidad de ánimo, constancia y tenacidad en

lo bueno, oposición incansable a lo malo, templanza en lo próspero, paciencia en lo adverso, todas las cualidades que son ornamento de nuestra naturaleza se hallaron en aquella mujer prodigiosa en grado ciertamente no comparable en ningún caso.

“Añádanse a estas cualidades una virtud heroica, dones de Dios extraordinarios, comunicaciones e influencias divinas cuales tal vez no se han visto en creatura humana”, y se tendrá un esbozo de la figura de santa Teresa de Jesús (1).

Pues véase ahora lo que en su “Historia de la literatura española desde los orígenes hasta el 1900” escribe el protestante Fitzmaurice-Kelly: “Santa Teresa no es solamente una santa gloriosa y una brillante figura en los anales del pensamiento religioso; es también un milagro de genio, es quizá la mujer más grande de cuantas han manejado la pluma, la única de su sexo que puede colocarse al lado de los más insignes maestros del mundo” (2).

Y Valera, cuya erudición y buen juicio corren parejas con su espíritu analizador y sutil, llegó a decir de la insigne abulense no sólo “que vale más que cuantas mujeres escribieron en el mun-

(1) *Santa Teresa de Jesús, su vida, su espíritu, sus fundaciones*; por Miguel Mir, Pbro. (Madrid, 1912); t. I, p. XXII.

(2) Traducción de Adolfo Bonilla San Martín.

do” y que en sus escritos, por no sé que “inexplicable don del cielo”, “adivinaba la palabra más propia, formaba la frase más conveniente, hallaba la comparación más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas más abstrusas y los misterios más recónditos de nuestro íntimo ser”, conque “su estilo”, “a los ojos desapasionados de la crítica más fría, es un milagro perpetuo y ascendente”; sino que la alteza y poder de su pensamiento exceden al mayor elogio, siendo todo para ella “una ciencia de observación, que descubre o inventa, digámoslo así, y lee en sí misma, en el seno más hondo de su espíritu, hasta donde llega, atravesando la obscuridad, iluminándolo todo con luz clara y estudiando y reconociendo su ser interior, sus facultades y potencias, con tan aguda perspicacia, que no hay psicólogo escocés que la venza y supere”. Refiriéndose en particular al libro de *Las Moradas*, añade que columbra en él “la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y trascendente; y que la Santa, por el camino del conocimiento propio, ha llegado a la cumbre de la metafísica y tiene la visión intelectual y pura de lo absoluto” (3).

¿Qué más? En carta al Preósito general de

(3) *Nuevos estudios críticos*, por D. Juan Valera. (Madrid, 1888); pp. 410 y ss.

los Carmelitas, con ocasión del tercer centenario de la beatificación de la Santa, escribía de ella Su Santidad Pío X que era verdaderamente “honra y prez de todo el orbe católico y una de las mayores glorias que enaltecen a la Iglesia”.

Parece que ni la admiración ni los encomios pueden ser mayores, y no obstante, esa es, de hecho de verdad, santa Teresa de Jesús, el alma toda luz, sinceridad y encanto con quien, en estas páginas, vamos a conversar algunos de los ratos que nuestras ocupaciones nos dejen libres.

Y brevemente, como preludeo y base imprescindible de cuantas referencias hayamos de hacer a ella en adelante, empezaremos por recordar su vida.

Santa Teresa de Jesús vino al mundo, como es sabido, en Avila, el 28 de marzo de 1515.

Fueron sus padres Alonso de Cepeda y Beatriz Dávila y Ahumada: ambos de regular posición económica y muy rectos y virtuosos.

De su padre dice la misma Santa que era “de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos”, lo propio que con la servidumbre de la casa, tanto que “jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos”. Era asimismo “hombre de gran verdad” y “aficionado a leer buenos libros,

y así los tenía de romance” para todos los suyos (4).

De su madre, testifica igualmente la Santa que “tenía muchas virtudes” y que era de carácter “muy apacible y de harto entendimiento” (5).

Como se ve, la autora de *Las Moradas* tenía a quien salirse y parecerse. Sus ascendientes eran una familia profundamente piadosa e ilustrada al mismo tiempo. Verdadero ideal del hogar cristiano. En semejante atmósfera y dado el natural despierto y bien inclinado de la niña ¿cómo su entendimiento y su corazón no habían de apresurarse a recibir el suave calor de la piedad cristiana y las primeras luces de los conocimientos humanos? De hecho así fué. Siete años venía a tener, según sus historiadores, cuando ya revolvía en su mente las ideas y planes a que se refiere en las siguientes líneas, al hablar de sus infantiles pasatiempos con Rodrigo, uno de sus hermanos menores. “Juntábamonos entrambos, dice, a leer vidas de Santos”, y como veía los martirios que por Dios “pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que

(4) *Obras de Santa Teresa de Jesús*: edición y notas del P. Silverio de Santa Teresa, carmelita descalzo. (Burgos, 1922); *Vida*; cap. I, núm. 1. Es la edición de que nos serviremos en las citas.

(5) *Ibid*; núm. 2.

yo entendiase tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y parece-me que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo” (6). Al fin, el amor del cielo pudo más que toda otra consideración en el ánimo resuelto de la niña, y “tomando alguna cosilla para comer, escribe el primero de sus biógrafos, se salió con su hermano de casa de su padre, determinados los dos de ir a tierra de moros, donde les cortasen las cabezas por Jesucristo. Y saliendo por la puerta de Adaja, que es el río que pasa por Avila, se fueron por la puente adelante, hasta que un tío suyo los encontró y los volvió a su casa con harto contento de su madre, que los hacía buscar por todas partes... El niño se excusaba con decir que su hermana le había hecho tomar aquel camino” (7).

Temple admirable ya el de aquella niña de siete años. Ni se revela por modo menos sorprendente en la explicación que da ella misma

(6) *Vida*; cap. I, núm. 4.

(7) *Vida de santa Teresa de Jesús*; por el P. Francisco de Ribera: nueva edición. (Barcelona, 1908); p. 96.

de aquellos sus arrestos y determinaciones. “Espantábanos mucho, escribe, el decir que pena y gloria eran para siempre, en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez impreso el camino de la verdad” (8).

Aquí del conocido contraste:

Si de niña eres ya así
¿qué serás cuando mayor?

Si tan divinos perfumes exhala ya la rosa en capullo ¿cómo serán los que lance en su mayor desarrollo y lozanía? Verdaderamente es Dios admirable en sus santos. Y lo es, de uno u otro modo, en todas las contingencias y diversidad de trances de su vida.

Concretándonos a la de nuestra abulense, lo vemos, no sólo en los tranquilos albores de su niñez, sino en los días, más o menos críticos y alborotados de su primera juventud, verdadero cabo de las tormentas para toda alma que huyendo del pecado, se encamina resueltamente a Dios; pues si la muerte de su madre, de quien se vió privada a los trece o catorce años, y la amistad de otra joven, algo liviana, de su familia, fueron

(8) *Vida*; cap. I, núm. 4.

causa de que se enfriase por algún tiempo en sus anhelos de virtud y abriese, complacida, los ojos a las vanidades y alhagos del mundo, el Señor la alargó repetidamente su mano para sacarla a flote de los peligros que la cercaban, dándola con ello, y a causa del más claro conocimiento del mundo y de sí misma seguido a dicha crisis, nuevos tesoros de humildad y de experiencia sobre las cosas y trances de la vida.

Consecuencia de estas sus nuevas luces fué el retirarse al convento de la Encarnación de su misma ciudad, habitado por terciarias carmelitas.

Fué esto en 1536, cuando la joven tenía 21 años.

Allí la quería el Señor. Deseaba comunicarse muy particularmente con ella, ilustrando su mente con luces que no son de aquí abajo acerca de las grandes verdades de Dios y del mundo sobrenatural; y al modo que a Moisés, la llevó a la soledad y al retiro.

Las gracias que aquí efectivamente recibió del cielo, la lucha y violencia que hubo de hacerse para ser toda del Señor; el grado de santidad a que logró ascender; las luces, arrobamientos, visiones, hablas y otras mercedes recibidas dentro y fuera de la oración, así como los levantados ardores de su espíritu, caldeado en

el horno del amor divino y las obras de celo, de caridad y demás virtudes que, en ansias de responder a su título de “hija de la Iglesia” y de esposa de Jesús, practicó, son otros tantos motivos de asombro y embeleso con que da uno al leer su vida, verdadera estela de luz que ante los ojos absortos del lector se va elevando de la tierra hasta perderse en el cielo.

Los hechos que, como piedras miliarias, más se distinguen en el camino de esta su vida maravillosa, fueron la Reforma del Carmelo, que dió a la Iglesia dos nuevas y admirables órdenes religiosas: la de Carmelitas Descalzas en 1562 y la de Carmelitas igualmente Descalzos en 1568; la fundación de dieciséis o diecisiete conventos de monjas y de catorce de frailes, y esto sin tener una blanca, como en su natural lenguaje solía decir; y por último, el rico tesoro de sus escritos, entre los que deben contarse como joyas de incomparable valor su propia *Vida*, el *Camino de perfección*, *Las Moradas*, el *Libro de las Fundaciones* y el sin número de cartas con que hubo de atender a la multitud de cuestiones, dificultades y consultas surgidas naturalmente de aquel mundo de actividad y de celo a que por Jesús y por la salvación de las almas se había lanzado.

Sus ansias de ir a Dios eran, a todo esto, más

vehementes cada día. “¡Oh deleite mío, Señor de todo lo criado y Dios mío!, exclamaba, ¿hasta cuando esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡oh vida penosa! ¡oh vida que no se vive! ¡oh que sola soledad! ¡qué sin remedio! Pues ¿cuándo, Señor, ...hasta cuándo?” (9).

Más adelante tendremos ocasión de explicarnos tales ardores; por ahora sólo nos cumple manifestar que al fin oyó el Señor sus ruegos, llevándosela consigo desde Alba de Tormes, donde murió el 4 de octubre de 1582, al volver de la fundación de sus hijas en Burgos.

Los deseos se habían convertido felizmente en posesión y realidad.

(9) *Exclamaciones del alma a Dios*; VI.^a, núm. 1.

CAPITULO II

Certidumbre que en la realidad y circunstancias de los hechos sobrenaturales por ella experimentados, ofrece el testimonio de santa Teresa de Jesús.

Para mí, el caso, después de pensarlo mucho y en todas direcciones, a la luz de las teorías y estudios modernos relacionados con el tema en cuestión, no ofrece la menor duda: con santa Teresa de Jesús nos hallamos ante una serie de hechos incontrovertibles y sobrenaturales.

Las dos cosas a la vez.

Toda alma que sincera y lógicamente busque la verdad, habrá de convenir en ello. Y para bien suyo, y consuelo y paz de su corazón. Lea tranquila y atentamente las obras de la Santa, su *Vida* sobre todo, y se convencerá. Y no sólo confesará que, en efecto, los hechos sobrenaturales por ella experimentados son una realidad, sino que lo hará lleno de luz y de persuasión, con el encanto que produce toda visión de la verdad.

Lo mismo en el orden de la naturaleza que en el de la gracia, hay hechos de cuya realidad no

nos es posible adquirir certidumbre. Carecemos de pruebas que nos la proporcionen. Mas en nuestro caso, como veremos en este capítulo y en el siguiente, hay tal profusión de elementos de juicio y éstos nos ponen tan de manifiesto la verdad de que vamos hablando, que hasta ahuyentan del ánimo toda sombra de duda y de inquietud.

Hagamos al efecto por examinar los criterios, así internos como externos, del testimonio de la Santa en orden, sobre todo, a esas sus comunicaciones sobrenaturales.

§ I.—CRITERIOS INTERNOS

a) *Su temperamento ecuánime y asentado.*

Tal se nos muestra, efectivamente, santa Teresa de Jesús en todas las edades y aun momentos de su vida: en la niñez como en la juventud, en la fuerza de los años como en los últimos de su existencia. Es como el colorido de todos sus actos y determinaciones. De pocas personas se conocerán tantos hechos y detalles como de santa Teresa de Jesús. Es verdad. Pues bien, en todos ellos, aparece la misma; con la misma igualdad y templanza de espíritu. Y esto aun en las horas revueltas y difíciles sobre toda

ponderación que pasó en repetidas ocasiones. A todo, con la gracia de Dios y con el temperamento firme y asentado que del Señor había recibido, supo sobreponerse, permaneciendo tranquila. “Nada te turbe—solía decir—; la paciencia todo lo alcanza; sólo Dios basta” (1).

Complemento de esta su tranquila serenidad de espíritu era su carácter jovial, que, naturalmente, la llevaba más a la alegre comunicación con las personas de su trato que al recogimiento y abstracción de las criaturas (2). Como que en este su afán comunicativo estribaba una de las grandes dificultades a que hubo de hacer frente para habituarse al recogimiento y a la oración. “...hartas veces, nos dice ella misma, no sé que penitencia grave se me pusiera delante que no la acometiera de mejor gana que recogerme a tener oración. Y es cierto que era tan insoportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre, (para) que no fuese a la oración, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo... para forzarme, y, en fin, me ayudaba el Señor” (3).

Circunstancia que nos da nueva luz en el co-

(1) De una de sus *poesías*.

(2) V. su *Relación* a san Pedro de Alcántara; ed. Lafuente, t. I, p. 146.

(3) *Vida*; cap. VIII, núm. 7.

nocimiento de este su carácter y corrobora la idea que de él nos vamos formando, es la que, a modo de paréntesis, nos revela la Santa misma al fin de la cita anterior respecto de su ánimo, a saber, que al decir de la gente, le tenía “no pequeño”. Y “se ha visto—añade ella misma de su cosecha—me le dió Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal” (4). Comentando esta idea, escribía el primer biógrafo de la Santa: “Tenía un ánimo... fuerte y varonil, con que alcanzaba lo que quería y hacía estar a raya las pasiones naturales, ayudada de Dios... (5).

Su imaginación en cambio jamás pecó de exaltada y soñadora. Basta recordar su vida y pasar la vista por sus escritos para convencerse plenamente de ello. En la psicología y estudio de la Santa hay que dar el hecho por evidente y probado. Las extraordinarias proporciones de su inteligencia redujeron sin duda las de su imaginación, impidiéndola alzar el vuelo, como en muchas ocasiones, sobre todo en su meditación, hubiera deseado la misma Santa. Hablando efectivamente de las dificultades que en dicho acto sentía, dice que apenas si podía aprovecharse de dicha facultad por lo “torpe” que era en repre-

(4) Ibid.

(5) *Vida de santa Teresa de Jesús*; por el P. Francisco de Ribera; p. 359.

sentarla hasta “la humanidad del Señor” (6). Conque “si no era acabando de comulgar, añade, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro”.

Y en todos sus actos, de joven como entrada en años y ya al fin de su vida, se ve que no es la fantasía, ni el capricho ni la veleidad quienes la mueven en sus determinaciones, sino el entendimiento ilustrado por la fe e impulsado por la gracia. Así, en sus primeros tiempos de monja, al volverse a Nuestro Señor para implorar y conseguir de él la salud ¿cómo lo hace? “Comencé, dice ella misma, a hacer devociones de misas y cosas muy aprobadas de oraciones; que nunca fuí amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir y a ellas les hacía devoción; después se ha dado a entender no convenían; que eran supersticiosas” (7). Y que en este modo discreto de ver y apreciar las cosas perseverara toda la vida, se ve por el consejo siguiente que en uno de sus últimos escritos daba a sus hijas. “Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen, y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir ni menear el pensamien-

(6) *Vida*; cap. IV, núm. 7.

(7) *Vida*; cap. VI, núm. 6.

to, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma: no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquéello. Esta es la verdadera unión con su voluntad" (8).

Así es de inteligente, ecuánime y tranquila la piedad, y con la piedad, el discurrir de la Santa; y es que en su discurso, repitámoslo, apenas si entraba para nada la imaginación; todos sus razonamientos eran hijos de la poderosa y clara inteligencia que de Dios había recibido.

b) *Su carácter observador, reflexivo y amigo de luz y de consejo.*

Es otro de los rasgos más pronunciados de su fisonomía espiritual. Recuérdense al efecto lo que atrás dijimos de las conversaciones que de niña sostenía con uno de sus hermanos acerca de la eternidad, de la salvación de sus almas y de los

(8) *Las Moradas; Morada 5.^a; cap. III, núm. 11.*

medios más adecuados para conseguirla, y habrá de convenirse en que de hecho santa Teresa fué hasta un prodigio de observación, de agudeza y de examen.

Y su conducta de toda la vida lo propio que sus obras no son si no confirmación de lo dicho.

Así lo vemos, por ejemplo, en el asunto de su vocación religiosa. Por su carácter comunicativo y jovial, así como por las amistades que había empezado a contraer, sentía gran repugnancia por encerrarse en un convento; como que al ser colocada por su padre en el de las Agustinas, de la misma ciudad de Avila, para completar su educación, nos hace observar graciosamente que reviviendo en su alma, con el ejemplo de las religiosas, el ansia por las cosas eternas, comenzó a darse de nuevo a Dios, encomendándose a cuantas la rodeaban para que la “diese el estado en que le había de servir”, menos el de “monja”; “que éste no fuese Dios servido de dársele”; pues era “grandísima” la “enemistad” que tenía con él (9). Al fin, todo el mundo sabe lo que pasó y como no sólo fué monja, y monja de una santidad admirable, sino llena de contento y de alegría en su nuevo estado (10). ¿A qué se debió tal mudanza? Supuesta la gracia de Dios,

(9) *Vida*; cap. III, núm. 2.

(10) *Ibid*; cap. IV, núm. 2.

al poderoso espíritu de reflexión de la joven.

Oigámosla a ella misma. Va hablando de su estancia de unos días en casa de un tío suyo, muy piadoso, que solía pasar con ella largos ratos de santa conversación y de lectura espiritual, y añade: "Aunque fueron los días que [allí] estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y como acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, como me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y así, poco a poco, me determiné a forzarme para tomarle. En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mi misma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al cielo". "Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la Religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo; porque no era mucho que pasase algunos por El; que El me ayudaría a llevarlos, debía pensar, que esto postrero no me acuerdo". "Dióme la

vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leía en las Epístolas de san Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como a tomar el hábito; porque era tan honrosa que me parece no tornara atrás por ninguna manera habiéndolo dicho una vez" (11).

Y así lo hizo. A ocultas de su padre, que por el cariño que la profesaba, no quiso acceder a los ruegos de su hija, y acompañada de uno de sus hermanos, se llegó con el corazón deshecho por la pena de dejar la familia, al convento de la Encarnación, a las afueras de la ciudad, y entró en él.

Y por eso, porque pensaba las cosas y en medio de su alegre comportamiento con todas las Hermanas obraba con tesón y madurez, nos refiere ella misma, a vuelta de sus faltas, que en el convento la "daban tanta y más libertad que a las muy antiguas" (12).

La misma Santa nos dice de sí, razonando el no haber caído, durante sus primeros años de convento, en ciertas faltas, que "con advertencia y de propósito miraba muchas cosas" (13).

Ni es la menor y menos segura muestra de este su natural reflexivo la práctica de la medi-

(11) *Vida*; cap. III núms. 4, 5, 6 y 7.

(12) *Vida*; cap. VII, núm. 2.

(13) *Ibid.*



tación, a que diariamente—bien que no hubiese Regla ni costumbre de ello en su convento—empezó a darse luego de su entrada en él. Y con la meditación puede decirse que vió cumplidos sus grandes deseos de luz, de acierto y de verdad, a que enderezaba sus hábitos de reflexión y de que estaba ávido su espíritu.

Y donde mayor empeño puso y mayores esfuerzos hizo por conocer la verdad, fué en las comunicaciones espirituales que en la oración y fuera de la oración había comenzado a sentir. Es imposible llevar más allá de lo que en este caso llevó nuestra Santa el estudio y la reflexión por descubrir la verdad que pudiera haber en tales fenómenos. Examen asiduo de las circunstancias, caracteres y efectos de que iban acompañados; oración, consulta de las personas más competentes en el juicio sobre tales materias, y esto por muchos años (14): nada perdonó de cuanto pudiera ofrecerla algún rayo de luz en el esclarecimiento y apreciación de tales hechos; y eso que, como veremos adelante, la luz que por sí mismos proyectaban, apenas si daba lugar a la menor duda acerca de su naturaleza. Y ella, mejor que nadie quizá, lo conocía. Pero en asuntos tan graves y expuestos a tantas ilusiones y engaños, toda precaución la parecía poca.

(14) Véase entre muchos otros lugares de sus obras, el cap. XXVI, núm. 3 de su *Vida*.

Véase, en comprobación de lo dicho, la norma, a todas luces admirable que desde un principio se impuso la Santa en sus relaciones sobrenaturales con Dios: "...lo que el Señor me da a entender—escribía a uno de sus directores, el P. Rodrigo Alvarez—...entiéndolo porque no puedo más. Mas pedir yo a Su Majestad que me dé a entender ninguna cosa, jamás lo he hecho; que luego me parecería que yo lo imaginaba y que me había de engañar el demonio; y jamás, gloria a Dios, fuí curiosa en desear saber cosas, ni se me da nada de saber más" (15).

Así fué de precavida, sensata y prudente la sierva de Dios. Y esto toda la vida y en todos los instantes.

c) *Su talento extraordinario.*

Y ¿qué decir de la agudeza, penetración y amplitud de su entendimiento? Realmente nada que no esté ya dicho y repetido centenares de veces entre exclamaciones de sorpresa, admiración y asombro; pues fuera de ella, nadie hay que haya puesto en tela de juicio lo excepcional de su inteligencia y de su talento.

Ya ella misma, con la humilde ingenuidad que la caracterizaba, hubo de hacer frente sobre este

(15) *Relación primera*; p. 1.050.

particular a uno de sus directores, escribiendo en su *Vida*: "Y esto (de mi ignorancia) es cierto, que aunque la vuestra merced le parezca que tengo vivo entendimiento, que no le tengo; porque en muchas cosas lo he experimentado, que no comprende más de lo que le dan a comer, como dicen" (16). Claro que el tal director, se sonreiría, como hoy lo hacemos todos, al leer dichas líneas, y no podría menos de confirmarse por ellas, como de hecho se confirmó, en el juicio que la autora le venía mereciendo.

Y del mismo parecer han sido y siguen siendo en el curso de los siglos cuantos la leen y estudian. Realmente no es posible pensar de otra manera ante las páginas, todas luz y revelación, de sus escritos. El vuelo de águila caudal de la Santa al discurrir por el cielo de la Mística y por las más altas regiones de la Psicología, no puede menos de causar embeleso.

Tratándose de materias, o cuestiones difíciles, que es donde principalmente se revela el talento, no es fácil traer aquí pruebas en confirmación de lo dicho, pues nos alargaríamos demasiado: bastará por lo mismo aducir algunos rasgos del modo como la Santa discurre sobre ellas. Véanse los dos siguientes.

Va hablando de una de las gracias que la hacía

(16) *Vida*; cap. 28, núm. 6.

el Señor al tiempo de escribir su *Vida*, o sea del ansia y desfallecimiento causados en su espíritu por la noticia admirable que de sí mismo la comunicaba el Señor, y escribe: "Para la cual (pena) no somos parte, sino muchas veces, a deshora, viene un deseo que no sé cómo se mueve. Y de este deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto a fatigar que sube muy sobre sí y de todo lo criado; y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que, por mucho que ella trabaje, ninguna que la acompañe le parece hay en la tierra, ni ella la querría, sino morir en aquella soledad. Que la hablen y ella se quiera hacer toda la fuerza posible a hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme que está entonces lejísimo Dios, a veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar; y así no se sabe decir, ni creo lo creerá ni entenderá sino quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse de estar ausente de bien que en sí tiene todos los bienes.

"Con esta comunicación crece el deseo y el extremo de soledad en que se ve, con una pena tan delgada y penetrativa que ...al pie de la letra me parece se puede entonces decir, y por ventura

lo dijo el Real Profeta, estando en la misma soledad...: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Y así se me representa este verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuanto más tales. Así parece que está el alma, no en sí, sino en el tejado o techo de sí misma y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

"Otras veces... me acordaba de lo que dice san Pablo, que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto así, que ya lo veo; mas paréceme que está así el alma, que ni del cielo le viene consuelo ni está en él; ni de la tierra le quiere ni está en ella; sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que le viene del cielo, que es como he dicho, una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear, es para más tormento, porque acrecienta el deseo de manera que, a mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte, salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo a que compararlo. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar al alma de la tie-

rra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite; luego parece lo lanza de sí. Bien entiende que no quiere si no a su Dios; mas no ama cosa particular de El, sino todo junto le quiere, y no sabe lo que quiere. Digo no sabe, porque no representa nada la imaginación; ni, a mi parecer, mucho tiempo de lo que está así, no obran las potencias. Como en la unión y arrobamiento el gozo, aquí la pena las suspende.

“¡Oh Jesús! ¡Quién pudiera dar a entender bien a vuestra merced esto, aun para que me dijera lo que es, porque es en lo que ahora anda siempre mi alma! Lo más ordinario, en viéndose desocupada, es puesta en estas ansias de muerte, y teme cuando ve que comienzan, porque no se ha de morir; mas, llegada a estar en ello, lo que hubiese de vivir querría en este padecer; aunque es tan excesivo, que el sujeto le puede mal llevar, y así algunas veces se me quitan todos los pulsos casi, según dicen las que algunas veces se me llegan a mí de las hermanas que ya más lo entienden...

“Yo bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante, como ahora, que se acaba con acabar la vida, que, a mi parecer, bastante es tan gran pena para ello, sino que no lo merezco yo. Toda la ansia es morirme entonces: ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pe-

cados que he hecho, por donde merecía el infierno. Todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios..." (17).

Aquí, como se ve, todo es maravilloso: el favor, que aunque sea alterando el curso lógico de la obra, forzosamente habremos de llamar divino; y la forma en que va expuesto, tan parecida al favor mismo.

Pues véase ahora, en otro terreno, la advertencia que acerca de las lágrimas, hace a sus hijas.

"También advertid que suele causar la complexión flaca cosas de estas penas, en especial si es en unas personas tiernas, que por cada cosa lloran: mil veces las hará entender que lloran por Dios que no sea así. Y aun puede acaecer... haberse allegado algún humor al corazón, que ayuda más que el amor que se tiene a Dios, que no parece han de acabar de llorar. Y como ya tienen entendido que las lágrimas son buenas, no se van a la mano, ni querrían hacer otra cosa, y ayudan cuanto pueden a ellas. Pretende el demonio aquí que se enflaquezcan de manera que después ni puedan tener oración ni guardar su Regla.

"Páreceme que os estoy mirando cómo decís qué habéis de hacer si en todo pongo peligro,

(17) *Vida*; cap. XX, núms. 9 y ss.

pues es una cosa tan buena como las lágrimas, me parece puede haber engaño, que yo soy la engañada. Y ya puede ser, mas creed que no hablo sin haber visto que le puede haber en algunas personas, aunque no en mí; porque no soy nada tierna, antes tengo un corazón tan recio que algunas veces me da pena; aunque cuando el fuego de adentro es grande, por recio que sea el corazón, destila como hace un alquitara; y bien entenderéis cuando vienen las lágrimas de aquí, que son más confortadoras, y pacifican... No pensemos que está todo hecho en llorar mucho, sino que echemos mano del obrar mucho y de las virtudes, que son las que nos han de hacer al caso; y las lágrimas vénganse cuando Dios las enviase, no haciendo nosotras diligencias para traerlas..." (18).

Adviértase de paso en esta página la flexibilidad del espíritu y talento de la Santa, que lo mismo se eleva a las alturas del puro pensamiento que se ciñe a las más insignificantes exigencias de la realidad y vida común.

Sus aciertos en este último campo de la práctica no pudieron ser de hecho de verdad mayores. Bastaría recordar en prueba de ello la maravillosa organización e impulso que supo dar a sus dos comunidades religiosas. Pero además,

(18) *Las Moradas*; Moradas sextas; cap. VI, núms. 7, 8 y 9.

algunas de las instrucciones que dejó en particular a sus hijas, como la de que fuera de los confesores ordinarios tuviesen de cuando en cuando, siempre que lo necesitasen, otros extraordinarios (19); que fuesen distintos el confesor y el superior de cada convento (20) y que se procurasen confesores ilustrados, capaces de guiarlas con toda seguridad por el camino de la perfección (21), son de tal cordura que hasta la Iglesia las ha incorporado a su legislación universal.

Así que no es de extrañar que uno de los hombres más doctos que han ocupado la Silla de san Pedro, Clemente XIV, escribiese a una religiosa carmelita, contestándola a una consulta que le había hecho: "Santa Teresa, vuestra ilustre reformadora, es una de las almas más grandes que ha suscitado Dios para bien del Cristianismo. Es un padre de la Iglesia con sus luces y con sus escritos, y un modelo de penitencia en sus austeridades. No hay ni un pequeño lunar que oscurezca en la cosa más leve sus acciones. Siempre con Dios para oírle, siempre con los fieles para instruirlos y siempre en un mismo grado de perfección: es un prodigio de sabiduría y santidad... V., mi reverenda madre, no necesita otras ins-

(19) *Camino de Perfección*; cap. V, núm. 2.

(20) *Ibid.*; núm. 6.

(21) *Vida*; cap. XIII, núm. 17; *Camino de perfección*; capítulo V, núm. 2 y en otros muchos lugares.

trucciones que las de esta gran Santa. Todo lo dijo, todo la previó y lo enseñó todo. Las religiosas no pueden elegir mejor director..." (22).

Sí, eso fué indudablemente la santa Doctora: un doble prodigio, prodigio de santidad y prodigio de sabiduría.

d) *Su amor a la pura verdad.*

Muchas y nada comunes son realmente las buenas cualidades que hermo­seaban el espíritu de santa Teresa de Jesús; pero en el trance de señalar su condición más característica y determinante, no vacilaría en decir que fué su amor a la verdad. Es como el alma de su alma y el distintivo de todos sus actos. Puede decirse que es la lección que más al pie de la letra aprendió de Aquél que se llama a sí mismo "la *verdad* y la vida" (23).

Así que, hablando con Dios mismo, se confiesa doblemente culpable en su apego a las falsas alegrías del mundo por la circunstancia de haberla inspirado siempre natural horror a todo cuanto, en alguna forma, se apartaba de la verdad. "Oh Grandeza y Majestad mía, le dice. ¿Qué hacéis Señor mío todopoderoso? Mirad a quién hacéis

(22) V. la Biblioteca de Autores Españoles...: *Escritos de santa Teresa* añadidos e ilustrados por Don Vicente de la Fuente. (Madrid, 1862); t. II, p. 426.

(23) *Evangelio de san Juan*; 14, 5.

tan soberanas mercedes, ¿no os acordáis que ha sido esta alma un abismo de mentiras y piélagos de vanidades, y todo por mi culpa; que con haberme Vos dado natural de aborrecer el mentir, yo misma me hice tratar en muchas cosas mentira?" (24).

Parecida protesta de este su natural horror a la mentira se halla en alguno que otro lugar de sus obras, como al acabar la de su *Vida*, en la que asegura no haber gastado más tiempo del que había sido menester para escribirla, "poniendo lo que ha pasado por mí con toda la llaneza y verdad que yo he podido" (25). Refiriéndose al mismo tema en el libro de *Las Moradas*, advierte también a sus hijas: "Podrá ser que en estas cosas interiores me contradiga algo de lo que tengo dicho en otras partes. No es maravilla, porque en casi quince años que ha que lo escribí, quizá me ha dado el Señor más claridad en estas cosas de lo que entonces entendía, y ahora y entonces puedo errar en todo, mas no mentir; que por la misericordia de Dios, antes pasaría mil muertes: digo lo que entiendo" (26).

Realmente era tan poderoso en ella este afán por la verdad, que sólo respirándola podía vivir. Toda otra atmósfera la ahogaba. Así, como en

(24) *Vida*; cap. XL, núm. 4.

(25) *Ibid*; núm. 24.

(26) *Cuartas Moradas*; cap. II, núm. 7.

los primeros años de monja hubiese enseñado y movido a su padre a tener oración, y él para animarse en ella, y en la práctica de la virtud, pasase algunos ratos con su hija hablando de cosas de espíritu, la Santa que, cediendo al fin a una tentación de falsa humildad, había dejado por algún tiempo la oración, no pudo sufrir el ver engañado a su padre, que en sus espirituales coloquios la suponía adicta a su antigua práctica, y le confesó que, por varias razones, había tenido que dejarla. Sólo así quedó tranquila (27).

Véase igualmente lo que una de sus primeras y más virtuosas hijas, Sor Ana de Jesús, contaba de ella con pormenores hasta graciosos, sobre este mismo tema: "Era grande su llaneza, y así quería la tuviésemos en cuanto hacíamos". Particularmente "en el trato no podía ver artificio; y algunas que deseando entrar en la Orden, la escribían con él, cansábanla de arte que decía *que no era para acá mujer tan bachillera; siempre quiero más a las que hablan con sinceridad; créanme y procuren mucho la simplicidad*". Y "ella naturalmente la tenía, siendo discretísima. Era tan amiga de verdad que si en burlas trocábamos alguna palabra, nos reñía, diciendo tenía por imposible llegar a la perfección quien en esto se descuida. Y por ser puntual en

(27) *Vida*; cap. VII, núm. 11.

decirla a sus superiores y otras personas... contaba lo que la decíamos sin mudar ni encubrir palabra; y si veía que nosotras lo hacíamos y no usábamos de esta sinceridad, nos lo reprendía tanto que nos escondíamos de ella cuando nos parecía era menester otro modo en algún negocio; y si tratando de ello en público, la hacíamos alguna seña, al punto que la preguntaran qué era aquello, lo decía; asegurándonos que nunca por la claridad y verdad se dañaban las cosas, por dificultosas que fuesen. Y así se veía que todo le salía bien" (28).

¿Qué extraño es que Dios, verdad por esencia, tuviese sus delicias en comunicarse con un alma tan resueltamente enamorada de la verdad? Y una de las más íntimas y sublimes manifestaciones que aquí la hizo, fué casualmente ésta de darla a conocer como El es la verdad misma. "Entendí, dice la Santa, comentando el hecho, grandísimas verdades sobre esta Verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado... Esta verdad que digo se me dió a entender, es en sí misma verdad y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta gran-

(28) *Apéndices* a la "Vida de santa Teresa de Jesús", del P. Ribera (edición del P. Jaime Pons. (Barcelona, 1908); p. 632.

deza ; aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender” (29).

De esta suerte hasta por modo más del cielo que de la tierra, la daba el Señor a entender la hermosura de la verdad y cómo tras ella debe irse únicamente nuestro corazón, siguiéndola invariablemente en todos nuestros pasos y tomándola como norte y luz de todos nuestros pensamientos, afectos e inclinaciones. Tal, y con transparencias que no dejan lugar a la menor duda, aparece realmente santa Teresa de Jesús en todos sus lactos y en sus escritos. “No es el estilo (de la Santa),—observaba ya agudamente Valera al analizar estos últimos en uno de sus discursos—no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que [en ella] nos persuade; sino la sincera e irresistible aparición de la verdad en la palabra misma” (30).

Apelo en confirmación de juicio tan atinado al parecer de cuantos hayan leído, o se propongan leer y lean las obras de la gran doctora abulense.

Sin duda ninguna : santa Teresa de Jesús es al mismo tiempo la santa de la verdad.

(29) *Vida*; cap. XL, núm. 4.

(30) *Nuevos estudios críticos*. (Madrid, 1888); p. 414.

§ II.—CRITERIOS EXTERNOS

Comprendemos en esta denominación de *cri-terios externos* el modo como los hechos sobrenaturales por la Santa experimentados, han llegado a nuestra noticia.

En lo cual, como en tantos otros aspectos de su historia no hay sino motivo para alabar a Dios, que así inundó de luz los caminos y pasos de su sierva.

Y realmente, no sé que haya personaje en la historia cuyos hechos nos sean conocidos con la certidumbre, seguridad y riqueza de pormenores con que conocemos los de Santa Teresa. Será difícil hallarle. Porque, primeramente, entre sus contemporáneos y testigos de vista de sus acciones, hubo hasta tres nada menos que pusieron por escrito y publicaron la vida de la Santa. Sabidos son sus nombres de P. Francisco de Ribera, S. I., Fray Diego de Yepes, obispo de Tarazona, y Maestro Julián de Avila. Todos hombres de saber y de virtud, y que no sólo por esta razón sino por la importancia, a todas luces sobrenatural, de su cometido, hicieron por llenar cumplida y religiosamente su papel de historiadores. Véase, al efecto, lo que el primero de todos ellos, P. Ribera, decía en el prólogo de su

obra: "Quien desea glorificar a Dios, contando lo que El hizo por sus santos, no le puede glorificar ni contentar con mentir ni con fingir; y naturalmente aborrezco todo lo que sabe a esto, y me parece cosa muy ajena y muy indigna de hombre cuerdo afirmar lo dudoso por cierto, y lo que dijere lo será; y por eso pongo nombres de personas particulares, y bajo a cosas menudas, para que se vea con cuanta diligencia se ha hecho la averiguación de la verdad, aun en cosas que no importaban mucho. Así siempre llevaré los ojos puestos en la verdad de la historia, que aun entre gentiles fué juzgada por una de las mayores virtudes de ella" (31). Basta tan hermosa protesta para hacer simpático y amable el nombre del primer historiador de la ilustre Santa. Para gloria de él, podemos asegurar con el P. Pons que de hecho, "ni uno solo de los datos algo importantes que él nos suministra, ha sido corregido ni rectificado" por nadie hasta nuestros días (32).

Y lo mismo, sin dificultad ninguna, cabe decir de Fray Diego de Yepes y del Maestro Julián de Avila. Basta leer sus obras para darlo por hecho.

(31) *Vida de santa Teresa de Jesús*, por el P. Francisco de Ribera. (Barcelona, 1908); p. XIII.

(32) *Ibid.*

A todos parece haberseles pegado algo de aquel espíritu de verdad que, según dijimos, animaba a su biografiada.

Y sobre testimonios tan autorizados, aun tenemos respecto del asunto en cuestión, otro de más segura autoridad, y es el de la misma Santa en persona, que obligada por sus confesores, hubo de escribir su propia vida. Véase lo que al efecto, refiriéndose al Señor, nos dice ella misma en el prólogo de su obra. "Sea bendito por siempre, que tanto me esperó, a quien con todo mi corazón suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación que mis confesores me mandan, y aun el Señor sé yo lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido; y que sea para gloria y alabanza suya, y para que de aquí adelante, conociéndome ellos mejor, ayuden a mi flaqueza para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, a quien siempre alaben todas las cosas. Amén".

De hecho, como es fácil de ver, no hay en ella una sola frase que no esté inspirada por la más ingenua y humilde espontaneidad. Realmente sería difícil dar con obra parecida, en que la sencillez de la forma tan maravillosamente se compenetre y aun identifique con lo levantado del asunto y sublimidad de la idea.

La totalidad de la obra fué escrita por la Santa en dos veces: una, sin distinción de capítulos, antes de fundar las Carmelitas Descalzas y con ellas el convento del Carmen, del que, naturalmente, no podía hacer mención en este su primer manuscrito; y otra en que añadió la historia de dichos sucesos y dividió convenientemente en capítulos toda la obra. Es como ha llegado a nosotros. Fué terminada a fines de 1565, conservándose el autógrafo en el camarín de las reliquias del Escorial. En 1873 le reprodujo fotográfica y tipográficamente en Madrid D. Vicente de la Fuente.

En el resto de las obras escritas por la Santa, hay otros rasgos complementarios de su vida, particularmente en las *Relaciones*, en el *Camino de Perfección* y en *Las Moradas*. Los autógrafos de los dos últimos escritos se conservan respectivamente en el mismo Escorial y en el convento de las Carmelitas Descalzas de Sevilla.

Vese, pues, como las noticias que de su vida y comunicaciones sobrenaturales poseemos, ni pueden ser de fuente más pura ni con mayor solitud conservadas; ya que, por caso excepcional, hasta podemos acudir a cerciorarnos de casi todas ellas en el manantial mismo de los au-

tógrafos de la Santa. Hay para felicitarnos por ello.

Decíamos antes que en la insigne Doctora todo era luz ; ahora podemos añadir que sus principales rayos hasta son de luz directa e inmediata.

CAPITULO III

Origen divino de los fenómenos extraordinarios experimentados por santa Teresa de Jesús.

Plenamente convencidos de la verdad del testimonio de la Santa, vamos a ver en este capítulo el carácter y procedencia de esas sus comunicaciones sobrenaturales.

Las cuales, además de frecuentes y numerosas, son de varios órdenes. Nosotros, sin embargo, para evitar toda complicación, sólo vamos a referirnos aquí y en toda la obra a dos clases de ellas: a las *visiones* y a las *hablas*. A ellas, por consiguiente, se limitará el estudio que sobre la materia nos disponemos a hacer en el presente capítulo.

Aduciremos, al efecto, para su análisis y juicio, algunas de dichas hablas y visiones; y llamando en nuestra ayuda a la misma Santa, que a la luz de su poderoso entendimiento y de una observación aguda y continua, estudió como nadie la cuestión, llegaremos sin violencia de ninguna clase a entendernos en la solución del problema.

Y, ante todo, como consecuencia del temperamento, o constitución y modo de ser de la Santa, estudiados en el capítulo anterior, puede establecerse que, si bien sufrió de por vida muchos padecimientos, ninguno afectó lo más mínimo a su inteligencia ni a sus potencias morales. Particularmente puede afirmarse de la Santa que en ninguna época fué víctima de la histeria, tema tan socorrido por mucho tiempo, especialmente en el siglo pasado y principios del actual, en la explicación de los fenómenos a que aquí nos referimos.

Los tratadistas de la materia suelen poner como condición esencial del histerismo la perturbación y disociación de las facultades del hombre. El verdaderamente histérico, escribe Joly, "no puede asimilarse sus propios recuerdos, ni clasificarlos ni hacerlos entrar en la unidad de su vida personal. Recuerda, pero por casualidad; son sus recuerdos como una tropa desbandada que se niega a perseguir con intención y disciplina toda operación sistemática que tienda a algún fin. No se aviene su voluntad con conceptos reflejos, ni sus actos obedecen tampoco a ideas sugeridas, es decir, en lenguaje médico, a ideas que, sin que el enfermo lo quiera ni sospeche que le sobrevienen súbitamente del exterior, determinan en él una tendencia irresisti-

ble a pasar de la idea al acto. Con más frecuencia permanece inmóvil su voluntad, cesando de oír el llamamiento, no solamente de la razón sino también de la necesidad. Puede comer, puede digerir, puede andar, pero con que se imagine que no puede hacerlo, no lo hace si no cuando no piensa en ello, en un momento de distracción, o bajo el imperio de una sugestión, a la cual no coopera, como tampoco la resiste... Se sugestiona a sí mismo, sin sospecharlo, y se sujeta a la tiranía de su idea, como se sujetaría a la que le impusiera del exterior un operador, un médico..." (1).

El retrato, como se ve, no tiene el menor parecido con el que ya conocemos de santa Teresa de Jesús. Ni en un solo rasgo. No parece si no que al dibujar el de la histérica han ido echando mano de las líneas que holgaban en el de la santa abulense, que, como es sabido, era de carácter alegre, entendimiento sencillo y luminoso y voluntad firme y perseverante. Y esto toda la vida. Sobraba, pues, razón a aquella publicista inglesa llamada Gabriela Cunnigham Graham, para escribir, aun sin ser católica, estas palabras: "No ha habido persona menos histérica que Teresa. Su vida fué tranquila, arreglada, modelo de

(1) *Psicología de los Santos*; por Enrique Joly. (Barcelona, Herederos de Juan Gili, 1911); p. 120.

orden y disciplina. Sus acciones, ajenas a toda suerte de precipitación, o apresuramiento. Su inteligencia, clara, aguda, vivísima; y esta claridad y agudeza lo mismo se manifiestan al dar cuenta de sus visiones que de las fundaciones de sus conventos" (2). Así es; ahí están sus obras, que en cualquiera de sus páginas responden de la verdad de dichas afirmaciones. Y como de asunto plenamente probado, pudo escribir uno de los más grandes biógrafos de la Santa que para explicar su estado místico "hay que dejar a un lado estas raterías de histerismo y levantar el pensamiento a regiones más elevadas" (3).

Ni vale traer al caso, como algunos, el hecho que de sí misma nos refiere la Santa al contarnos las angustias y trastornos que en ciertas ocasiones la hacía padecer el enemigo de las almas, hasta el punto de que más de una vez la acaeció tomar un libro para consolarse "y leer cuatro o cinco veces otros tantos reglones, y con ser romance", entender menos "de ellos a la postre que al principio"; pues aquí, como con toda razón va argumentando la Santa, la causa de tales trastornos no era interna, si no externa; no estaba en el organismo de la paciente, sino que era

(2) V. en "Santa Teresa de Jesús: su vida, su espíritu, sus fundaciones"; por Don Miguel Mir, Pbro. Madrid, 1912); p. 135.

(3) V. la obra citada anteriormente; p. 136.

pura tentación diabólica (4). Así es que según testimonio de la misma Santa, ordinariamente “en acabando de comulgar, descansaba”. Y aun “algunas veces, añade, en llegando al Sacramento, luego, a la hora, quedaba tan buena, alma y cuerpo, que yo me espanto. No parece sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma, y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado. Otras, con sola una palabra que me decía el Señor, con sólo decir: *No estés fatigada*: no hayas miedo, como ya dejo otra vez dicho, quedaba de todo sana, o con ver alguna visión... Regalábame con Dios, quejábame a El cómo consentía tantos tormentos que padeciese; mas ello era bien pagado, que casi siempre eran después en gran abundancia las mercedes. No me parece si no que sale el alma del crisol, como el oro, más afinada y clarificada, para ver en sí al Señor. Y así se hacen después pequeños estos trabajos, con parecer incomfortables, y se desean tornar a padecer, si el Señor se ha de servir más de ello. Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones, como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por El, todo es para mayor ganancia, aunque como se ha de llevar, no los llevo yo, sino harto imperfectamente” (5).

(4) V. su *Vida*; cap. XXX, núms. 8-16.

(5) *Vida*; cap. XXX, núm. 14.

Vése, pues, que estamos en distinto terreno de aquél en que los propugnadores del histerismo de santa Teresa de Jesús se habían equivocadamente colocado.

Por el carácter mismo de la Santa, así como por su talento y por la diligencia que puso en no salirse del molde ordinario de la vida espiritual, hay que rechazar igualmente, en la explicación de sus visiones y demás hechos maravillosos, todo supuesto de hipnotismo, de alucinación, de sugestión y demás fuerzas perturbadoras de la conciencia y de las facultades y sentidos del hombre.

Es inútil, amén de baldío y ocioso, detenerse en ninguno de estos aspectos de la cuestión tratándose de las hablas y visiones de santa Teresa de Jesús. Basta haber leído lo que de sí misma y por modo tan ingenuo y divino nos cuenta la Santa, para rechazar, sin el menor asomo de duda, cualquier hipótesis de las mencionadas como explicación de dichas comunicaciones sobrenaturales.

Imposible también, por lo mismo, ver en los hechos y vida de santa Teresa nada que diga relación con el espiritismo. Hase dicho que hay hombres para todo; y es la verdad, hasta para los supuestos más inconcebibles, como éste de hacer espiritista a santa Teresa de Jesús. Ca-

sualmente, si hay dos cosas que riñen de frente, excluyéndose la una a la otra con irreductible oposición, son el carácter luminosamente abierto y llano de la Santa y los rodeos y tapujos espiritistas. Compréndense, pues, los apuros de los que tal amalgama intenten realizar. Y de hecho, un tal Coris, que hasta se permitió dar a su obra el título de "Santa Teresa Medium", hubo de acudir, para responder en algún modo a lo prometido en la portada, al arbitrio de alterar manifiestamente en sus páginas los textos aducidos de la Santa y basarse a sabiendas, sin duda, de lo que hacía, en el argumento y hechos imaginados por Amalia Domingo Soler en una de sus novelas (6). La causa, como se ve, aun para sus mismos defensores, debe ser causa perdida, cuando a tales medios de defensa acuden. Y realmente, tan inconcebible y gratuita afirmación, ni la pena merece de ser tomada en serio. El hombre, el conocimiento de la naturaleza y fin del hombre, y juntamente la historia y la crítica con tan altos fines relacionados, son cosas muy serias para traídas y llevadas por novelistas y falsificadores.

Y realmente en la trama espiritista apenas

(6) Véase, para más pormenores, la obra del P. Eusebio del Niño Jesús, C. D.: *Santa Teresa y el Espiritismo*; 1.^a parte. (Burgos, 1929).

si ha habido nunca otra cosa, como iremos viendo, que embelecos y trapacerías.

Desde que las fundadoras mismas de la secta en los Estados Unidos, las hermanas Fox, confesaron la noche del 21 de septiembre de 1888, en la Academia de Música de Nueva York, que todos sus prodigios habían sido pura habilidad y engaño, muchos empezaron a dudar de que allí hubiera realmente otra cosa. La idea, con todo, de que los espíritus se comunicaban con los hombres a voluntad de ciertos mediums, siguió trabajando en el ánimo de algunas multitudes, dando con ello pie para que el Espiritismo se mantuviese a flote y hasta continuase ganando terreno. A lo cual contribuyó no poco la inocente credulidad y ansia de dar interés a su obra en no pocos historiadores católicos, como Lapponi y otros, así de Italia y España como de otras naciones, que de oídas y basándose los unos en el dicho de los otros, fueron dando por reales hechos que no pasaban de ser mero supuesto. Hoy, merced al estudio, verdaderamente crítico y documentado, del mejicano P. Heredia titulado "Los fraudes espiritistas y los fenómenos metapsíquicos" (7), podemos repetir que el Espiritismo no es ningún "hecho com-

(7) México, 1931.

probado" (8), si no más bien, y al modo de los portentos de los fakires en la India, un conjunto de fraudes y de trapacerías. Sin ningún reparo califica el autor de "catálogos de innumerables embustes" la "mayor parte de los libros espiritistas", o espiritistas (9). Y de hecho, la documentación y lectura de su obra bastan a persuadirnos de ello. No inútilmente ha dedicado el autor hasta treinta años y más de su vida en el estudio así teórico como práctico de la cuestión, leyendo cuanto se ha escrito en el mundo acerca de ella y practicando con éxito incomparable, en seiscientas veinticuatro conferencias públicas, los más ocultos secretos del Espiritismo (10).

Puede darse, pues, en tal, o tal caso particular la aparición del alma de algún difunto; de hecho, se registran algunos fenómenos de telepatía y clarividencia que parecen traspasar los límites del poder y actuación corrientes del alma humana, razón por la cual reciben el nombre de *metapsíquicos*; pero que los espíritus se comuniquen con nosotros de "modo ordinario y a voluntad de ciertas personas llamadas mediums" (11), eso ni es cosa probada, ya que los hechos a que entre sombras se refieren en sus

(8) Pág. 324.

(9) Pág. 71.

(10) Véanse el prólogo y las pp. 114 y ss. más la 327.

(11) Pág. 158.

sesiones los espiritistas, no ofrecen seguridad de ningún orden y repetidas veces han sido calificados de puro embuste por los más notables de entre ellos; ni "como teoría" tiene "valor científico ninguno" (12).

Pero y fijando la atención en esos fenómenos metapsíquicos que acabamos de reconocer, ¿no podríamos ver en ellos y en sus causas de la *clarividencia* y *telepatía* la explicación de las hablas y visiones de santa Teresa de Jesús?

La contestación exige naturalmente para su mejor inteligencia varios prenotandos. Sea el primero la distinción que razonablemente pone el mismo P. Heredia entre la telepatía y la clarividencia; definiendo esta última como la facultad "*supra normal de ver a distancia en el espacio y el tiempo cosas o sucesos sin que el objeto envíe emisión alguna*"; al revés que en el caso de la telepatía, en que "se supone que el objeto *emite radiaciones, o envía ondas*" (13); y el segundo, que así la lucidez del clarividente como las ondas o radiaciones emitidas por los objetos, en el caso del telépata, entran, cada cual de por sí, en las leyes de la naturaleza, a cuyo impulso obran.

Esto supuesto, traiga a la memoria el lector,

(12) Pág. 324.

(13) Obra citada, pág. 333.

si ha leído algo del asunto, los hechos comprobados de clarividencia y telepatía y verá que ninguno de ellos se diferencia de los que todos contemplamos y en que todos intervenimos diariamente, si no es en las circunstancias de *tiempo*, o de *distancia*. Para saber yo lo que al presente ocurre a cien leguas de aquí, en Santander, por ejemplo, habré de aguardar noticia de los que allí se encuentren: el clarividente, en ocasiones, al menos, no; ni el telépata tampoco: en forma más o menos precisa, con más o menos pormenores, lo ven de por sí y tienen noticia de lo que allí pasa como si estuvieran presentes. Y esto es lo llamativo y admirable del caso. Los tales *percipientes* tienen sin duda más desarrollada que el resto de los hombres alguna de las facultades sensitivas, lo que les permite percibir sensaciones que los demás no llegamos a percibir, o interceptar *ondas* de los objetos que el común de los mortales dejamos pasar de largo.

Viniendo ahora a los puntos de relación y contacto que con tales hechos puedan tener los de santa Teresa de Jesús, me ocurre que, mirando las cosas desde un punto de vista meramente natural y humano, quizás pudieran explicarse por tales teorías hasta cuatro o seis de sus hablas y visiones; pero nada más. Al recordarlas en los capítulos siguientes e ir las exa-

minando así en el conjunto como en las circunstancias de cada una de ellas, veremos que son cosas de otro mundo infinitamente distinto y superior al nuestro, del mundo del poder, del amor a sus criaturas y de la justicia del Supremo Hacedor y principio de todas las cosas. Si el lector es de los que han leído las obras de la Santa, no tiene más que recordar algunos de los hechos a que aquí nos referimos, para darnos la razón; y si no las he leído, tenga un poco de paciencia, y así en las páginas siguientes de este mismo capítulo como en el resto de la obra hallará plena confirmación de lo dicho.

Siguiendo pues ya adelante y examinando la especie arriba emitida de si las hablas y visiones de la Santa serían obra del espíritu maligno, que en expresión del Príncipe de los Apóstoles, no cesa de dar vueltas al rededor de cuantos aspiran a vivir cristianamente, para hacerlos suyos, diremos sobre el testimonio de la propia Santa, que efectivamente, por "tres o cuatro veces" trató de engañarla, representándosela como si fuera el mismo Señor (14). Pero añade ella misma que la fué fácil conocer el engaño, así por el hecho en sí de la visión como por los efectos; pues aunque toma "la forma de carne, no puede contrahacerla con la gloria que cuando es de

(14) *Vida*; c. XXVIII, núm. 10.

Dios"; y el alma, ante tal visión, "así la resiste de sí, y se alborota, y se desabre e inquieta, que pierde la devoción y gusto que antes tenía". En fin, continúa diciendo, que es cosa "diferentísima" la verdadera visión de Dios de la contrahecha por el demonio (15).

Sus hablas y visiones—las que ella da por tales—no eran pues tampoco obra del espíritu infernal.

La relación de algunas de ellas, así de las examinadas en este capítulo como de las que, Dios mediante, iremos aduciendo y estudiando en toda la *Segunda Parte*, nos pondrá ante los ojos su verdadero origen.

Veámoslo.

Empezando por examinar el hecho que nos refiere la Santa al hablar de uno de sus directores espirituales, el P. Juan de Prádanos. "Este Padre, dice, me comenzó a poner en más perfección. Decíame que para del todo contentar a Dios, no había de dejar nada por hacer: también con harta maña y blandura, porque no estaba aun mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía, aunque no ofendía a Dios con ellas. Era mucha afección y parecíame a mí era ingratitud dejarlas; y así le decía que pues no ofendía a Dios,

(15) *Vida*; cap. XXVIII, núm. 10.

que por qué había de ser desagradecida. El me dijo que lo encomendase a Dios unos días y rezase el himno de *Veni Creator*, porque me diese luz de cuál era lo mejor. Habiendo estado un día mucho en oración y suplicando al Señor me ayudase a contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo, vínome un arrebatamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamientos. Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles*. A mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fué grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras, y así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo...

“Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolación, ni amor particular si no a personas que entiendo le tienen a Dios y le procuran servir, ni ha sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos ni amigos. Si no entiendo esto, o es persona que trata de oración, esme cruz penosa tratar con nadie. Esto es así, a todo mi parecer, sin ninguna falta.

“Desde aquel momento yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien había

querido en aquel momento... dejar otra a su sierva... Sea Dios bendito por siempre que en un punto me dió la libertad que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había, no pude alcanzar conmigo, haciendo tantas veces tan gran fuerza que me costaba harto de mi salud. Como fué hecho de quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dió" ahora dejar dichas amistades (16).

Como se ve, ni la menor duda tenía la Santa de que gracia tan poderosa y eficaz fuera de Dios, principio de toda virtud. De hecho, aun considerada únicamente por el lado de sus efectos, a sólo El puede atribuirse; pero crece esta persuasión si se tienen además en cuenta otros aspectos de la misma, que agudamente estudia y hace notar la Santa al explicar la naturaleza del habla que en el tal arrobamiento percibió y multitud de veces, posteriormente, siguió percibiendo: "Paréceme, dice, será bien declarar como es este hablar que hace Dios al alma y lo que ella siente..., porque desde esta vez que he dicho que el Señor me hizo esta merced, es muy ordinario hasta ahora, como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndense muy más claro que si se oyesen, y

(16) *Vida*; cap. XXIV, núms. 5, 6 y 8.

dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos, o advertir a otra cosa, de manera que, aunque se oiga, no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma, no hay remedio ninguno; sino que aunque me pese, me hacen escuchar y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer. Porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra señor verdadero de nosotros. Esto tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir, con el gran miedo que traía, y ahora lo pruebo algunas veces, mas poco me aprovecha" (17).

Claro, añade la Santa, en su afán de esclarecer más y más las cosas y apurar la verdad, que en el discernimiento de estas hablas, sobre si proceden del espíritu bueno o del malo, o de aprensión del mismo entendimiento, podría haber algún engaño, "aunque a quien tiene mucha experiencia, paréceme, dice, será poco o ninguno" (18); mas de todos modos, para evitarlo, sigue diciendo, adviértase a que en las hablas de Dios, todo cuanto se nos dice, se efec-

(17) *Vida*; cap. XXV, núm. 1.

(18) *Ibid*; núm. 2.

túa, como por mi parte lo “tengo muy probado en muchas cosas que se me decían dos y tres años antes, que todas se han cumplido y hasta ahora ninguna ha salido mentira”.

“Cuando es demonio, no sólo no deja buenos efectos”, sino “malos”. Aparte la gran sequedad que [según se dijo ya en otra parte] queda, es una inquietud en el alma... que no se sabe entender de donde viene, sino que parece [la] resiste y se alborota y aflige sin saber de qué; porque lo que él dice, no es malo, sino bueno. Pienso si siente uno a otro. El gusto y deleite que él da, a mi parecer, es diferente en gran manera” de los que da el Señor.

Y si el habla es cosa que el entendimiento fabrica, “por delgado que vaya, entiende que ordena él algo”; ya que el habla “no es otra cosa” que “ordenar uno la plática, o escuchar lo que otro le dice; y verá el entendimiento que entonces no escucha, pues que obra; y las palabras que él fabrica, son como cosa sorda, fantaseada, y no con la claridad que estotras. Y aquí está en nuestra mano divertirnos, como callar cuando hablamos; en estotro no hay términos. Y otra señal más que todas, que no hace operación”; porque las palabras de Dios “traen algunas veces una majestad..., que sin acordarnos quien las dice, si son de reprensión,

hacen temblar, y si son de amor, hacen deshacerse en amor, y son cosas, como he dicho, que estaban bien lejos de la memoria, y dícense tan de presto sentencias tan grandes, que era menester mucho tiempo para haberlas de ordenar, y en ninguna manera se puede entonces ignorar no ser cosa fabricada de nosotros. Así que en esto no hay que detenerme, que por maravilla me parece puede haber engaño en persona ejercitada, si ella misma de advertencia no se quiere engañar" (19).

Una vez más pudo advertir la Santa a estos caracteres y distintivos de la palabra de Dios en las que hallándose angustiadísima, al principio, ante la idea de si en aquellos hechos maravillosos sería engañada del espíritu maligno, oyó y nos cuenta en el siguiente párrafo: "Pues estando en esta gran fatiga, aun entonces no había comenzado a tener ninguna visión, solas estas palabras, bastaban para quitármela y quietarme del todo: *No hayas miedo, hija, que Yo soy y no te desampararé; no temas.* Páreceme a mí, según estaba, que era menester muchas horas para persuadirme a que me sosegase, y que no bastara nadie. Heme aquí, con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz que en

(19) *Vida*; cap. XXV, núms. 3 y 6.

un punto vi mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios. ¡Oh que buen Dios! ¡Oh que buen Señor y que poderoso! No sólo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras... Es así cierto que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó a los vientos que estuviesen quedos en la mar cuando se levantó la tempestad, y así decía yo: ¿Quién es éste que así le obedecen todas mis potencias y da luz en tan gran oscuridad en un momento y hace blando un corazón que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves adonde parecía había de haber mucho tiempo sequedad?" (20).

Ante tales pruebas de que el espíritu de Dios era efectivamente quien la hablaba y obraba en ella tales maravillas, bien podía la Santa persuadirse de ello, y cobrar ánimo y alientos, como en efecto los cobró, para llegar a las alturas a que supo elevarse en el cielo de su amor a Dios y al prójimo y en las obras que realizó.

Casualmente, por cualquier lado que se la considere, es tan admirable esta santidad que no puede menos de verse en sus actos una confirmación de que Dios estaba particularmente

(20) *Vida*; cap. XXV, núms. 18 y 19.

allí, y de que dichas hablas y visiones no eran otra cosa que indicios de su presencia y muestra regalada del amor que profesaba a su sierva y con ella a cuantos creemos y esperamos en él.

PARTE SEGUNDA

CUERPO PRINCIPAL DE LA OBRA

CAPITULO I

Existencia y concepto de Dios.

Dispuestos ya con lo dicho en la parte primera a entrar de lleno en la demostración del título de la obra, haciendo ver al lector cómo, en efecto, santa Teresa de Jesús es una evidente confirmación de la verdad del Dogma católico, claro que por ahí, por la existencia y concepto de Dios, habíamos de empezar.

Es el principio de nuestro credo y, sin duda ninguna, el de toda aspiración religiosa.

Y el Catolicismo, no sólo proclama la existencia de un Dios, sino que nos enseña de El que existe por Si mismo, sin principio, ni fin ni ningún otro límite en sus perfecciones infinitas. En Dios hay además tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo; cuya eterna y divina generación nos explica diciendo que el Padre, conociéndose a Si propio, engendra al Hijo, que es su Verbo, su imagen, su palabra; y que de su mutuo e infinito amor procede el Espíritu Santo.

Dios es, asimismo, quien ha dado y sigue dando ser a todas las criaturas.

Tales son, en resumen, las enseñanzas de la Iglesia Católica acerca de Dios. ¿Cómo no inclinarse ante ellas?

Y primeramente ¿qué decir del hecho mismo de la existencia de Dios? Pues eso, que es un hecho, y que no puede menos de ser así. Es lo que en todas las épocas y en todas las lenguas del mundo se viene diciendo y proclamando, pues no hay más que volver los ojos a la historia para ver con cuanta verdad se puede decir a cualquiera de los hombres aquello que en los tiempos del antiguo Imperio de Roma decía Plutarco, gentil y todo como era, a cada uno de sus lectores: "En tus viajes podrás hallar ciudades sin muros, sin letras, sin reyes, sin casas y sin hacienda; pero una ciudad sin templo, en que no se ore, ni se ponga por testigo a la divinidad, no se hagan sacrificios, ni se practiquen otros actos de religión, eso ni tú ni nadie lo ha visto nunca".

Supuesta la estupenda maravilla del orden del mundo y de cada uno de los seres que le componen, desde los astros, que por millones se mueven en el espacio siguiendo fijamente sus órbitas, hasta la hormiga, que, previsora, guarda en sus trojes el grano de trigo con que

alimentarse en el invierno, es imposible no reconocer hoy y siempre, dondequiera haya seres con razón, la existencia de ese ser inteligente, incomprensible y creador del mundo a quien llamamos Dios. Se pensará o no se pensará en ello; pero la conclusión lógica del abrir los ojos al mundo que nos rodea y razonar sobre él, no puede ser otra que la indicada. “Nunca me he devanado los sesos, hace decir Balmes al *Excéptico* de sus *Cartas*, en buscar pruebas de la existencia de Dios; la historia, la física, la metafísica servirán para esta demostración todo lo que se quiera; pero yo confieso ingenuamente que para mi convicción no he menester tanto aparato científico”. Echo mano a mi reloj “y al contemplar su curioso mecanismo y su ordenado movimiento, nadie sería capaz de persuadirme de que todo aquello se ha hecho por casualidad, sin la inteligencia y el trabajo de un artífice: el universo vale, a no dudarlo, algo más que mi” reloj; “alguien, pues, debe de haber que lo haya fabricado. Los ateos me hablan de casualidad, de combinación de átomos, de naturaleza y de qué se yo cuantas cosas; pero sea dicho con perdón de estos señores, todas estas palabras carecen de sentido” (1). Es la ver-

(1) *Cartas a un Excéptico*; 13.^a edición. (Barcelona, 1915); p. 34.

dad. Contra la repugnancia que, por a o por b, pueda sentirse en reconocerlo, es la pura verdad.

Y por la fuerza misma de las cosas, el ateo, en su rebelión contra la lógica, se ve condenado, o a engañarse pobremente, mendigando, como en las últimas centurias, una comprobación de su ateísmo a experimentos de física y química que realmente ninguna seguridad podían ofrecerle (2); o a cerrar los ojos, como hace hoy, a todo raciocinio y aun a toda idea y explicación del mundo mismo en que vive. Realmente, no sólo huye de cualquiera aspiración que no se refiera a sus goces materiales, sino que positivamente la rechaza, como rechaza, o al menos dice rechazar, jurando en la palabra de sus jefes, la libertad, la idea de la familia, del nacionalismo, etc., etc. Lo de los antiguos rebaños de pueblos de Egipto y Babilonia. De hecho, es el camino empezado a seguir—claro que a trompicones—por las multi-

(2) "La vanidad de los sabios experimentales, escribe acertadamente Valera, y el asombro con que miran sus descubrimientos, los han llevado a negar la religión y la metafísica; pero como sin religión o sin metafísica no podemos pasar, inventan, sin querer, cierta metafísica enclenque, canija, enteca y vergonzante, con que suplen la falta... Sus alambiques, sus escalpelos y sus microscopios ni niegan, ni afirman ni valen para tal uso. Todo lo que digan de que no hay Dios, ni alma, ni espíritu; de substancia única, de agrupamiento de átomos eternos e indestructibles, y de que lo consciente sale de lo inconsciente, está más en el aire, y es más obscura, irracional e incomprendible a todo entendimiento sano, que los milagros de Mahoma o el más absurdo cuento de hadas". (*Nuevos estudios críticos*; p. 30.)

tudes ateas de varios centros y hasta de naciones enteras, o casi enteras, como Rusia.

Y realmente ante una verdad como la de la existencia de Dios, no cabe otra disyuntiva: o asentir incondicionalmente a ella, o declararse en pugna con todo razonamiento, viniendo a caer más tarde o más temprano, pero fatalmente, en el abismo sin fondo de toda aberración y de todo desorden.

Y esto aquí, en los breves instantes de este día de la vida. Pero ¿y después? Al extinguirse aquélla ¿puede haber hombre sensato que, a la luz de las pruebas arriba indicadas, o de otros órdenes, y ante la sombra de la muerte que ve acercarse, no se sienta preocupado de su carácter de hombre, de ser dotado de razón, de libertad y de esas nociones ingénitas de lo bueno y lo malo, de justicia y gratitud grabadas en el fondo del alma humana, así como del pensamiento de haber de dar razón del buen o mal uso que con la libertad ha podido hacer de esos dones, ante el principio o ser creador de ellos y de todas las criaturas?

Indudablemente: el Dogma cristiano de un Dios hacedor de todas las cosas y Padre del hombre, es no sólo la primera, sino la más necesaria y consoladora de todas las verdades. Sin ella, nada se explica ni tiene razón de ser;

con ella se posee la llave de todos los misterios que hay en nosotros y fuera de nosotros y que, supuesto el auxilio de la divina gracia, iremos descifrando, con la dulce satisfacción de hijos, así en el tiempo como en la eternidad. En ésta sobre todo.

Y cierto que tratándose de Dios, ser existente por sí mismo, según arriba indicamos, sin principio ni limitación posible de ningún orden, y por consiguiente infinito, por necesidad tenemos que hallar en El misterios: misterios que jamás llegaremos a abarcar, a *comprender*, en el rigor etimológico de la palabra, pero que sucesiva e interminablemente irán inundando nuestras almas de océanos insospechados de luz, de verdad y de hermosura, que haciéndonos verdaderamente dichosos, nos obligarán a exclamar con el Apóstol san Pedro en circunstancias parecidas: "Bueno es, Señor, que permanezcamos aquí" (3).

Por gracia singularísima, que redundaba en todos nosotros, el Señor no quiso aguardar a la muerte para hacer participante a santa Teresa de Jesús de esta su gloria y de sus inefables arcanos, sino que ya en vida se apresuró a comunicarla no pocos de ellos. De algunos hemos hablado ya, según incidentalmente se nos

(3) *Evangelio de san Mateo; 17, 4.*

ha ofrecido ocasión: ahora vamos a hacerlo en orden a cada uno de los principales dogmas de nuestra fe, 'aduciendo, como es natural, en este capítulo los referentes a la existencia y concepto mismo de Dios.

Y así por la naturaleza de dichas manifestaciones como por la forma en que fueron hechas a la Santa, y por los efectos en ella producidos, verá el lector que de acuerdo con lo dicho en la Primera Parte, no pudieron tener otro origen que de lo alto.

He aquí los términos en que refiere la Santa una de esas sus visiones de la Divinidad: "Viéntenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes que no sé si se podría encarecer. Acaecióme una mañana que llovía tanto que no parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera de ella, yo estaba tan fuera de mí con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuanto más agua. Como llegué a la iglesia, dióme un arrobamiento grande. Parecióme vi abrir los cielos, no una entrada, como otras veces he visto. Representóseme el trono que dije a vuestra merced he visto otras veces, y otro encima de él, adonde, por una noticia que no sé decir, aunque no lo vi, entendí estar la Divinidad... Mas cómo estaba el trono, ni qué estaba en él, no lo vi,

sino muy gran multitud de ángeles : parecióronme sin comparación con muy mayor hermosura que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines, o querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecía tener inflamamiento. Es grande la diferencia, como he dicho; y la gloria que entonces en mí sentí, no se puede escribir ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiese pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi [determinadamente] nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer, era entender que no podía entender nada, y mirar [no obstante] lo nonada que era todo en comparación de aquello. Es así que se afrentaba después mi alma de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuanto más aficionarse a ella, porque todo me parecía un hormiguero.

“Comulgué y estuve en la misa, que no sé cómo pude estar. Parecióme había sido muy breve espacio; espantéme cuando dió el reloj y vi que eran dos horas las que había estado en aquel arrobamiento y gloria. Espantábame después, cómo en llegando a este fuego, que parece viene de arriba, de verdadero amor de Dios (porque aunque más lo quiera y procure y me deshaga por ello, si no es cuando Su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no

soy parte para tener una centella de él) parece que consume el hombre viejo de faltas, y tibieza y miseria; y a manera de cómo hace el ave fénix, según he leído, y de la misma ceniza, después que se quema, sale otra, así queda hecha otra el alma después, con diferentes deseos y fortaleza grande; no parece es la que antes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor. Suplicando yo a Su Majestad fuese así, y que de nuevo comenzase a servirle, me dijo: *Buena comparación has hecho; mira no se te olvide, para procurar mejorarte siempre*" (4).

Aquí, como se ve, todo es sobrenatural: el abrirse los cielos ante la vidente arrobada, el representársela un trono sobre otro, símbolos del poder y de la gloria, y entender, por noticia tan admirable que la Santa no halla modo de definir, como en aquellas alturas se halla la divinidad; el pormenor repetidamente advertido por la Santa de no haber visto en su visión *nada*, es decir nada concreto ni determinado, ya que de hecho en Dios no puede haber términos ni limitación de ninguna clase; la gran multitud de ángeles que se ofrecen a los ojos de la Santa como haciendo la corte al Ser Supremo; y ante aquel embelesador espectáculo la voz

(4) *Vida*; cap. XXXIX, núms. 22 y 23.

que la advierte de como lo único que allí, a la vista de Dios, podía hacer, era entender que no podía entender nada y advertir, no obstante, lo nonada que eran todas las cosas en comparación de aquello.

Las nuevas ansias experimentadas entonces por la vidente de crecer y ser otra en el amor a aquel su Dios y Señor con las alentadoras palabras que de El en aquellos instantes oye, no hacen si no confirmar el origen a todas luces divino de tan singular favor.

Dios mismo, como Verdad y principio de toda verdad, inflamó otro día el espíritu de la Santa, llenándola de su majestad infinita. "En esta majestad, escribe la Sierva de Dios, se me dió a entender una verdad que es cumplimiento de todas las verdades... Dijéronme, sin ver quien, mas bien entendí ser la misma Verdad: *No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes; porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde de ella.* A mí me pareció que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían. Díjome: *¡Ay, hija, que pocos me aman con verdad! que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es menti-*

ra lo que no es agradable a mí. Con claridad verás esto que ahora no entiendes, en lo que aprovecha a tu alma.

“Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que después acá tanta vanidad y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo sabría yo decir cómo lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la oscuridad que están en esta verdad, y con esto otras ganancias que aquí diré, y muchas no sabré decir... Quedóme una verdad de esta divina Verdad que se me representó, sin saber cómo ni qué, esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento a Dios; porque da noticia de su majestad y poder de una manera que no se puede decir: sé entender que es una gran cosa. Quedóme muy gran gana de no hablar si no cosas muy verdaderas, que vayan adelante de lo que acá se trata en el mundo, y así comencé a tener pena de vivir en él. Dejóme con gran ternura, y regalo y humildad. Paréceme que, sin entender cómo, me dió el Señor aquí mucho; no me quedó ninguna sospecha de que era ilusión. No vi nada [en concreto], mas entendí el gran bien que hay en no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más a Dios, y así entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la misma Verdad. Esto que entendí,

es darme el Señor a entender que es la misma Verdad.

“Todo lo que he dicho, entendí hablándome algunas veces, y otras sin hablarme, con más claridad algunas cosas que las que por palabras se me decían. Entendí grandísimas verdades sobre esta Verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera a entender la vanidad de este mundo. Esta verdad que digo se me dió a entender, es en si misma verdad, y es sin principio ni fin; y todas las demás verdades dependen de esta verdad; como todos los demás amores, de este amor; y todas las demás grandezas, de esta grandeza; aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender. ¡Y cómo se parece el poder de esta Majestad, pues en tan breve tiempo deja tan gran ganancia y tales cosas impresas en el alma!” (5).

Aquí, la Santa misma es quien, al contarnos tan singular favor, nos dice manifiestamente su procedencia. De hecho, es una de las hablas más evidentemente celestiales y divinas.

Ni pararon aquí los favores con que el Señor se fué dando a conocer de su sierva; poco

(5) *Vida*; cap. XL, núms. 1, 2, 3 y 4.

después la reveló y dió a entender el misterio de su Santísima Trinidad. Ya en los comienzos de este capítulo dejamos expuesta la explicación, no sólo razonable, sino sorprendente y luminosa que la teología cristiana nos da de dogma tan fundamental. Pues veamos ahora las luces, verdaderamente divinas, con que el Señor hizo comprender a la Santa este misterio:

“Estando una vez, nos dice ella misma, rezando el salmo de *Quicumque vult* (6), se me dió a entender la manera cómo era un solo Dios y tres Personas; tan claro que yo me espanté y consolé mucho. Hízome grandísimo provecho para conocer más la grandeza de Dios y sus maravillas, y para cuando pienso, o se trata de la Santísima Trinidad, parece entiendo cómo puede ser, y esme mucho contento” (7).

Pero todavía fué más admirable la gracia que recibió sobre el mismo sujeto algún tiempo después, cuando ya la Santa había llegado a una comunicación más íntima y perfecta con Dios. Aquí, escribe igualmente la Santa, quiere Dios que el alma no sólo vea, sino que “entienda algo de la merced que le hace, aunque es por manera extraña; y metida en aquella mo-

(6) El llamado *Símbolo Atanasiano*, en que particularísimamente se va exponiendo el misterio a que nos referimos.

(7) *Vida*; cap. XXXIX, núm. 25.

rada por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia, y un poder, y un saber y un solo Dios. De manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que vendría El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos.

“¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma; en lo muy interior; en una cosa muy honda, que no sabe

decir cómo es, porque no tiene letras, siente en sí esta divina compañía" (8).

Aunque no el consuelo de la Santa al recibir en su mente tan altísimas y luminosas comunicaciones, grande es sin duda el que con la lectura y conocimiento de ellas experimenta toda alma creyente, no pudiendo menos de ver en ellas un como anticipo de la felicidad de la gloria prometida por el Señor a los suyos, a los que creen en El, y arrepentidos de sus culpas, hacen por cumplir sus obligaciones y deberes de cristianos. Es la impresión que respecto del misterio de los misterios, de que estamos tratando, deja particularmente la última cita de la Santa.

Pues no dejan de ser igualmente admirables estas otras líneas, en las que la sierva de Dios nos describe la gracia que la hizo un día el Señor dándola a conocer cómo se ven en Dios todas las cosas. Realmente, siendo Dios cosa infinita, por necesidad tiene que ser espíritu, y espíritu purísimo, en el cual, como decía san Pablo a los atenienses "todos vivimos, nos movemos y somos" (9). Imposible que fuera de El, de su poder y de su acción, con que nos sostiene, y que son una misma cosa con su esencia,

(8) *Castillo interior, o las Moradas; Moradas séptimas; capítulo I, núms. 6 y 7.*

(9) *Hechos de los Apóstoles; 17, 28.*

haya nada. Pues véase en materia tan importante la merced que recibió cierto día la Santa. “Estando una vez en oración, escribe, se me representó, muy en breve, sin ver cosa formada, más fué una representación con toda claridad, cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí. Saber escribir esto, yo no lo sé, mas quedó muy impreso en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho... Digamos ser la divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, o espejo...; y que todo lo que hacemos, se ve en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima, cada vez que se me acuerda, ver que cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Yes así que, cuando se me acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar; y así quedé entonces, tan avengonzada, que no sabía, me parece, adonde meterme” (10).

“¡Oh, quien pudiese, añade aquí vivamente conmovida la Santa, dar a entender esto a los que muy deshonestos y feos pecados hacen,

(10) *Vida*; cap. XL, núms. 9 y 10.

para que se acuerden que no son ocultos y que con razón los siente Dios, pues tan presentes a la Majestad pasan, y tan desacatadamente nos habemos delante de El! Vi cuan bien se merece el infierno por una sola culpa mortal; porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan gran Majestad y que tan fuera de quien El es, son cosas semejantes. Y así se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto, nos sufre". ¡Ay! "si una cosa como ésta así deja espantada el alma, ¿qué será el día del juicio, cuando esta Majestad claramente se nos mostrará y veremos las ofensas que hemos hecho? ¡Oh, válgame Dios, qué ceguedad es ésta que yo he traído! Muchas veces me he espantado en esto que he escrito, y no se espante vuestra merced, (el que la había mandado escribir la vida) sino cómo vivo viendo estas cosas y mirándome a mí. Sea bendito por siempre quien tanto me ha sufrido" (11).

La lección, no puede negarse que llega al alma. Y además, está traída oportunísima y lógicamente. Así, por nuestra parte, y como consecuencia de las infinitas perfecciones que por la fe, por la razón y por lo dicho, reconocemos haber en Dios, hemos de pensarlo cada uno de

(11) *Vida*; cap. XL, núms. 10 y 11.

nosotros, huyendo de todo cuanto pueda ofenderle, por ser opuesto a su santísima voluntad, y amándole con toda el alma, por ser nuestro Padre, título con que quiere que le llamemos al dirigirnos a El en nuestras alabanzas y preces.

CAPITULO II

El hombre.

La generalidad del tema de este capítulo nos permite estudiar en él por separado, como vamos a hacerlo, dos cuestiones: la naturaleza del hombre y el estado de lucha entre el bien y el mal a que nace sujeto.

§ I.—*Naturaleza del hombre.*

¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su estructura y qué elementos esenciales entran en su composición? Directamente, nos sería difícil averiguarlo. Lo mismo nos pasaría con otros seres, aunque menos complejos. Pero felizmente, tenemos un medio seguro de conseguirlo: el del examen y estudio de sus operaciones; ya que siempre será incuestionable aquello de que el obrar sigue al ser. Un canto rodado jamás podrá engendrar una mariposa. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque no teniendo él vida, mal podría dársela a nadie. Las operaciones del

hombre nos van, pues, a revelar su constitución y naturaleza.

Y antes de nada, para ahorrar tiempo, vamos a precisar los términos de la cuestión. Toda la cual se cifra en saber si además del elemento vital corpóreo que según generalmente se cree, es el principio de todas y de cada una de las operaciones del bruto, hay que poner en el hombre, a causa de su entendimiento, de su conciencia y de su libre voluntad, algún nuevo elemento constitutivo que, al igual de estas sus particulares operaciones, tendría que ser, naturalmente, espiritual.

De acuerdo con sus principios, los materialistas tratan de explicar los actos todos del hombre por la materia, señalando el cerebro como origen y causa del mismo pensamiento. Es una pura afirmación. Al rededor de ella y para darla colorido científico han ido amontonando experiencias fisiológicas, analogías entre el cráneo del hombre y los del resto de los animales y no sé cuantas observaciones más: todos hechos particulares, que en definitiva nada resuelven y de que efectivamente es imposible deducir proposición ninguna universal; pero jamás se han ofrecido a estudiar el problema a la única luz que de hecho puede resolverle, cual es la del principio filosófico arriba enunciado de

buscar en las operaciones de un ser los principios constitutivos de que para obrar en aquella forma, tiene que componerse.

Y realmente, de conformidad con él y con toda recta razón, no hay más remedio que rechazar la tesis materialista y reconocer en el hombre, como principio de su personalidad y de sus actos más nobles y característicos, un alma espiritual con virtud suficiente para sustentarse por sí misma y animar todo el organismo humano.

Basta probar, al efecto, que muchas de sus operaciones son en todo rigor inmateriales. Y realmente ¿cómo dudar de que el pensamiento que discurre sobre cuestiones de Filosofía, de Derecho, de Matemáticas y de tantas otras ciencias de las cultivadas por el hombre, sea cosa puramente espiritual? ¿Qué de común puede haber entre una proposición abstracta, como la de que “el todo es mayor que la parte”, o de que “la justicia eleva y dignifica a los pueblos” y una especie material, por sutil que se la suponga? Realmente nada. Son cosas distintas. Un objeto material, por etéreo y sutil que sea, no sólo ocupará lugar, sino que podrá seccionarse, dividirse en partes, someterse a determinada dirección, etc., etc.; cosa que jamás po-

drá imaginarse ni suponerse de ninguna idea abstracta o universal.

Objétase como prueba de que el pensamiento y las ideas pueden proceder del cerebro, la observación exacta en absoluto, de que el conocimiento y gobierno de sí mismos se van dibujando en los animales al ir apareciendo en ellos la masa nerviosa, el cráneo, el sistema cerebral. Pero esta no es prueba ninguna de lo que se pretende. Entro yo en una habitación donde está instalada la luz eléctrica, muevo un botón y la habitación se ilumina. ¿Hemos sido el botón y yo los productores de aquella luz? Cierto que no, sino meros instrumentos. Y con todo, sin nuestro concurso la habitación habría seguido a oscuras. Pues he aquí el caso de los nervios y masa cerebral en el proceso del conocimiento. Supuestas las razones que, según se ha dicho, tenemos para dar por absolutamente imposible la explicación del pensamiento humano sin un principio, o alma espiritual que lo produzca, no cabe otra solución que la de considerar el cerebro como simple órgano o medio instrumental del desarrollo y transmisión de las ideas: órgano de la inteligencia en el hombre; y órgano del instinto y nociones ingénitas grabadas por la naturaleza para el logro de sus fines determinados, en el bruto. Dado el tal

papel, compréndese lo absoluto de su necesidad.

Viniendo, pues, a las conclusiones de lo dicho, forzoso nos será admitir en el hombre dos elementos esencialmente constitutivos: el cuerpo y el alma: ésta de carácter necesariamente espiritual y, por lo mismo, independiente del cuerpo y con subsistencia propia.

Es la idea expuesta clara y repetidamente por Jesucristo en sus alocuciones evangélicas. "No temáis a aquellos, decía en cierta ocasión a sus discípulos, que pueden matar el cuerpo, pero no dar muerte al alma..." (1). Imposible exponer en términos más explícitos el doble elemento constitutivo del supuesto humano y ni más ni menos su mutua diferencia y oposición. No es extraño, pues, que la cita haya sido desde los primeros instantes y por todos los siglos la fórmula del pensar unánime de la Iglesia en la cuestión.

De hecho la espiritualidad e inmortalidad del alma son uno de sus dogmas capitales.

Pues véase ahora la confirmación que de tales ideas nos proporcionan algunas de las visiones de santa Teresa de Jesús.

Refiérese la primera a san Pedro de Alcántara, émulo de la propia vidente en su entrega a Dios y unión con su Divina Majestad. Santa

(1) *Evangelio de san Mateo*; cap. X, v. 28.

Teresa hubo de consultarle las gracias que recibía de lo alto, con cuyo motivo ambos siervos de Dios vinieron a conocerse y a identificarse en sus santos propósitos y aspiraciones sobrenaturales. “Un año antes” de que él muriese, se lo había prevenido la Santa, ilustrada sin duda por el Señor; ‘así que al expirar, dice ella misma, se “me apareció y dijo cómo se iba a descansar. Yo no lo creí, y díjelo a algunas personas, y desde a ocho días vino la nueva como era muerto, o comenzado a vivir para siempre, por mejor decir” (2). “Después, añade la Santa, ha sido el Señor servido yo tenga más en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Héle visto muchas veces (claro que el alma del santo) con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia que tanto premio había merecido, y otras muchas cosas” (3).

Pues recogida, otra vez, en la capilla y poniéndose a rezar el rosario, dice la Santa que la vino “un arrebatamiento de espíritu con tanto ímpetu que no hubo poder resistirle”. Parecía “estar metida en el cielo. Y las primeras personas que allá vi, añade, fué a mi padre y madre, y tan grandes cosas en tan breve es-

(2) *Vida*; cap. XXVII, núm. 19.

(3) *Vida*; cap. XXVII, núm. 19.

pacio como se podía decir un avemaría, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced" (4).

Para ilustración de este párrafo basta lo dicho, ya que al tratar más adelante, en el capítulo IV, de materias parecidas, habremos de aducir casos y visiones que necesariamente serán una confirmación de lo dicho en este lugar.

§ II.—*Estado de lucha entre el bien y el mal a que el hombre se halla sujeto en esta vida.*

No hay más que velar un poco sobre nosotros mismos para darnos cuenta de los deseos que a cada paso asaltan nuestra alma y a que, por oponerse muchas veces a la razón, a la prudencia, a nuestro propio bien, o al de nuestros prójimos, tenemos que resistir hasta hacernos violencia. Y esto, no sólo mirando las cosas desde la cumbre ética del Evangelio, sino a la simple luz de la razón. Conocida es, al efecto, la metáfora platónica de los dos caballos, símbolos de esas buenas y malas aspiraciones, a los que el alma, desde su carro, debe gobernar conforme a los dictámenes de la razón y de la conciencia.

En este, como en todos los terrenos, Jesu-

(4) *Vida*; cap. XXXVIII, núm. 1.

cristo vino a ser luz de nuestras almas, abriéndonos el camino del cielo y enseñándonos a ir al Padre por su amor y por la guarda de sus Mandamientos. Con esto es natural que se hiciera más patente en el hombre esa lucha de que vamos hablando entre el bien y el mal, entre los dictámenes de su conciencia y los impulsos de su egoísmo y de su sensualidad. Jesucristo no se la ocultó a sus discípulos ni a ninguno de cuantos habían de seguirle, advirtiéndoles que para ello debían adoptar de antemano la resolución de negarse a sí mismos y de tomar, a imitación suya, la cruz. "Entrad, le aconsejaba igualmente, por la puerta estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, siendo, a la vez, muchos los que van por él" (5).

Sabidos son también los lamentos que esta contradicción entre la carne y el espíritu sugería a san Pablo: "Según el hombre interior, escribía a los Romanos, deléctome; mas, opuesta a la ley de mi espíritu, veo en mi cuerpo otra ley que me cautiva en la ley del pecado localizada en mis miembros" (6).

Principal atizador de esta lucha es el demonio, o ángel caído, enemigo de los hombres, por

(5) *Evangelio de san Mateo*; cap. VII, 13.

(6) *Epístola a los Romanos*; cap. VII, 22 y 23.

lo mismo que son obra de Dios y creados por Dios para servirle y gozar un día de la felicidad del cielo perdida para él. Es doctrina que forma igualmente parte del Dogma católico.

Así, del mismo Jesucristo se lee en el Evangelio que, para nuestro ejemplo, sin duda, quiso ser repetidamente tentado por él en el desierto, con ocasión del hambre experimentada después de su ayuno de cuarenta días (7). Y no sólo curó por sí mismo, durante su vida pública, a no pocos endemoniados (8), sino que entre las gracias otorgadas a sus Apóstoles, al enviarles por los pueblos a predicar la Buena Nueva, una era ésta de poder lanzar los demonios del cuerpo de los posesos (9).

Pues los testimonios que de esta lucha del hombre con el espíritu infernal hallamos en los escritos de santa Teresa, son verdaderamente notables y dignos de atención. Véanse algunos.

“Estaba una vez, escribe, en un oratorio, y aparecióme hacia el lado izquierdo, de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecía le salía una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara, sin sombra. Díjome espantablemente que bien me había librado de sus manos, mas que

(7) *Evangelio de san Mateo*; 4, 1 y ss.

(8) *Ibid*; 9, 32; 8, 28; 12, 22.

(9) *Evangelio de san Mateo*; 10, 1.

él me tornarí a ellas. Yo tuve gran temor, y santiguéme como pude, y desapareció, y tornó luego. Por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué hacerme; tenía allí agua bendita, y echélo hacia aquella parte, y nunca más tornó" (10).

Más admirable aún y más evidentemente sobrenatural es el hecho siguiente, en que por la sublime caridad de la Santa, se ve libre un sacerdote de la influencia maligna que sobre él había alcanzado el demonio. Para más clara inteligencia del hecho, véanse los antecedentes que de él nos comunica la pluma misma de la sierva de Dios.

"Vino una persona a mí que había dos años y medio que estaba en un pecado mortal de los más abominables que yo he oído, y en todo este tiempo ni le confesaba ni se enmendaba, y decía misa. Y aunque confesaba otros, éste decía que cómo le había de confesar cosa tan fea. Y tenía gran deseo de salir de él, y no se podía valer a sí. A mí hízome gran lástima, y ver que se ofendía a Dios de tal manera, me dió mucha pena. Prometíle de suplicar mucho a Dios le remediase, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribí a cierta persona que él me dijo podía dar las car-

(10) *Vida*; cap. XXXI, núm. 2.

tas. Y es así que a la primera se confesó; que quiso Dios, por las muchas personas muy santas que lo habían suplicado a Dios, que se lo había yo encomendado, hacer con esta alma esta misericordia, y yo, aunque miserable, hacía lo que podía con harto cuidado. Escribióme que estaba ya con tanta mejoría que había dos días que no caía en él; mas que era tan grande el tormento que le daba la tentación, que parecía estaba en el infierno, según lo que padecía; que le encomendase a Dios. Yo lo torné a encomendar a mis hermanas, por cuyas oraciones debía el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy a pechos. Era persona que no podía nadie atinar en quien era. Yo supliqué a Su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios a atormentarme a mí, conque yo no ofendiese en nada al Señor. Es así que pasé un mes de grandísimos tormentos..." (11).

Uno de los más horribles, como verá el lector, y a que nos venimos refiriendo, fué el siguiente: Cierta día, escribe la misma Santa, "me estuvo cinco horas atormentando con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que no me parece se podía ya sufrir. Las que estaban conmigo, estaban espantadas y no

(11) *Vida*; cap. XXXI, núm. 7.

sabían qué hacerse, ni yo cómo valerme. Tengo por costumbre, cuando los dolores y mal corporal es muy intolerable, hacer actos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé Su Majestad paciencia, y me esté yo así hasta el fin del mundo. Pues como esta vez vi el padecer con tanto rigor, remediábame con estos actos, para poderlo llevar, y determinaciones. Quiso el Señor entendiéndose cómo era el demonio, porque vi cabe mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado de que adonde pretendía ganar, perdía. Yo, como le ví, réime, y no hube miedo, porque había allí algunas conmigo que no se podían valer, si sabían qué remedio poner a tanto tormento; que eran grandes los golpes que me hacía dar, sin poderme resistir, con cuerpo y cabeza y brazos; y lo peor era el desasosiego interior, que de ninguna suerte podía tener sosiego. No osaba pedir agua bendita, por no ponerlas miedo y porque no entendiesen lo que era...

“Pues como no cesaba el tormento, dije: si no se riesen, pediría agua bendita. Trajéronmelo y echáronmelo a mí, y no aprovechaba. Echelo hacia donde estaba, y en un punto se fué, y se me quitó todo el mal, como si con la

mano me lo quitaran, salvo que quedé cansada, como si me hubieran dado muchos palos.

“Hízome gran provecho, concluye naturalmente la Santa, ver que, aun no siendo un alma y cuerpo suyo, cuando el Señor le da licencia, hace tanto mal, ¿qué hará cuando él lo posea por suyo? Díome de nuevo gana de librarme de tan ruin compañía” (12).

Es la consecuencia, sin duda ninguna, que sacará todo lector de hecho tan admirable como incontrovertible.

De parecida índole, aunque menos costoso para la Santa, fué el hecho siguiente, basado asimismo en la conversión de otra persona.

“Sabía, escribe la misma Santa, que una persona que se había determinado a servir muy de veras a Dios y tenido algunos días oración, y en ella le hacía Su Majestad muchas mercedes, y que por ciertas ocasiones que había tenido, la había dejado, y aun no se apartaba de ellas, y eran bien peligrosas. A mí, me dió grandísima pena, por ser persona a quien quería mucho y debía; creo que fué más de un mes que no hacía sino suplicar a Dios tornase esta alma a Sí. Estando un día en oración, vi un demonio cabe mí que hizo unos papeles que tenía en la mano, pedazos con mucho enojo. A mí me dió gran

(12) *Vida*; cap. XXXI, núms. 3 y 5.

consuelo, que me pareció se había hecho lo que pedía; y así fué, que después lo supe que había hecho una confesión con gran contricción; y tornóse tan de veras a Dios, que espero en Su Majestad ha de ir siempre muy adelante”.

Y concluye su narración la Santa: El Señor “sea bendito por todo. Amén” (13).

Son las palabras con que más oportunamente podemos cerrar nosotros el presente capítulo.

(13) *Vida*; cap. XXXIX, núm. 4.

CAPITULO III

Jesucristo Dios y hombre.

Hablando de uno de los primeros actos de la vida pública del Señor, del bautismo, que le fué administrado por su Precursor, San Juan Bautista, escribía uno de sus Apóstoles y discípulos: "Bautizado Jesús, salió inmediatamente del agua. Y he aquí que abriéndose los cielos, vió bajar y venir sobre él, en figura de paloma, al Espíritu de Dios, en tanto que se dejaba oír una voz del cielo que decía: Este es mi hijo amado, en el cual tengo mis complacencias" (1).

Eso era en efecto Jesucristo: el Hijo de Dios.

Hijo de Dios en todo el rigor de la palabra, es decir, de la misma naturaleza del Padre y Dios como El. Véase, al efecto, la explicación que de esta su filiación divina daba el mismo Jesucristo a la multitud que cierto día le escuchaba. "Mi Padre, dice, me ha entregado todas las cosas. Nadie conoce al Hijo si no el Padre, ni al Padre le conoce tampoco na-

(1) *Evangelio de san Mateo*; 3, 16 y 17.

die si no el Hijo y a quien éste hubiese querido revelársele" (2). Esta igualdad de términos en el mutuo conocimiento del Padre y del Hijo, de modo que únicamente el uno pueda conocer y de hecho sólo él conozca al otro ¿no implica igualdad de poder y por consiguiente de naturaleza entre ambos? Y de hecho el mismo Jesucristo afirmó en otra ocasión que El y el Padre eran "una misma cosa" (3).

Lo propio vienen a indicar otros hechos y palabras de Nuestro Señor. Así, por ejemplo, trajéronle cierto día, echado en una camilla, para que le sanase, a un paralítico, y "viendo la fe de los que tal habían hecho, dijo al paralítico: ten confianza, hijo; perdonados te son tus pecados. Con lo que algunos de los escribas dijeron para sí: este blasfema; ¿quién puede perdonar los pecados si no sólo Dios? Mas, sabedor Jesús de lo que ellos pensaban, arguyó: ¿por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es más fácil, decir "perdonados te son tus pecados", o "levántate y anda?". Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra de perdonar los pecados, dijo entonces al paralítico: levántate, coge

(2) *Evangelio de san Mateo*, 11, 27.

(3) *Evangelio de san Juan*; 10, 30.

tu lecho y ve a tu casa. Y el paralítico se levantó y se fué a su casa" (4).

El argumento, como se ve, no puede ser más decisivo: Dios sólo puede perdonar los pecados, pues realmente son faltas cometidas contra El; ahora bien, Jesucristo se los perdona al paralítico, y como prueba de que puede hacerlo y de que realmente se los ha perdonado, hace a la vista de todos el milagro de curarle con sola su palabra, con decirle que se ponga en pie y vuelva a su casa cargado con el lecho en que hasta allí le habían traído los suyos; luego Jesucristo es Dios.

Hijo del Padre, es Dios, como el mismo Padre.

Es la doctrina de toda la Iglesia.

Veamos ahora las visiones con que acerca de Jesucristo fué favorecida la Doctora abulense y la extraordinaria luz que proyectan sobre la divinidad, poder y gloria del Hijo de Dios.

Para más fácil inteligencia de algunas de ellas, conviene, sí, no perder de vista el hecho de que siendo Dios infinito, puede conseguir los efectos de comunicarse con sus criaturas, y hacer que éstas se comuniquen entre sí, no sólo por los órganos y modos de ver y oír con que

(4) *Evangelio de san Mateo*; 9, 2 y ss.

en la tierra nos ha concedido a los hombres comunicarnos, sino de mil otras maneras que ni caben siquiera en nuestra imaginación. Y realmente, quien ha dado a los ojos la propiedad de ver y a los oídos la de oír, ¿cómo no ha de poder concedérselas a otras formas entitativas cualesquiera? Sin duda ninguna. Y de hecho, puede usar y usa, muchas veces al menos, de otros órganos de expresión que los de la tierra.

Oigamos ya a la Santa: "Estando un día del glorioso san Pedro en oración, vi *junto a* (5) mí, o sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas parecíame estaba junto a mí Cristo, y veía ser El el que me hablaba, a mi parecer. Yo, como estaba ignorantísima de que podía haber semejante visión, dióme gran temor al principio, y no hacía si no llorar; aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba como solía, quieta y con regalo y sin ningún temor. Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo, y como no era visión imaginaria, no veía en qué forma; mas estar siempre al lado derecho, sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me reco-

(5) La Santa dice, conforme al uso del tiempo *cabe mi*: en toda esta cita va cambiada la palabra *cabe* por *junto*, su equivalente en nuestro lenguaje de hoy.

giese un poco, o no estuviese muy divertida, podía ignorar que estaba junto a mí.

Luego fuí a mi confesor, harto fatigada, a decírselo. Preguntóme que en qué forma le veía. Yo le dije que no le veía. Díjome que cómo sabía yo que era Cristo. Yo le dije que no sabía cómo, mas que no podía dejar de entender estaba junto a mí, y lo veía claro, y sentía, y que el recogimiento del alma era muy mayor, en oración de quietud y muy continua, y los efectos que eran muy otros que solía tener, y que era cosa muy clara. No hacía sino poner comparaciones para darme a entender; y cierto, para esta manera de visión, a mi parecer, no la hay que mucho cuadre. Así como es de las más subidas, según después me dijo un santo hombre y de gran espíritu, llamado fray Pedro de Alcántara..., y adonde menos se puede entremeter el demonio, así no hay términos para decirla acá los que poco sabemos, que los letrados mejor lo darán a entender. Porque si digo que con los ojos del cuerpo ni del alma no lo veo, porque no es imaginaria visión ¿cómo entiendo y me afirmo con más claridad que está junto a mí que si lo viese? Porque parecer que es como una persona que está a oscuras, que no ve a otra que está junto a ella, o si es ciega, no va bien. Alguna semejanza tiene, mas no

mucha, porque siente con los sentidos, o la oye hablar, o menear o la toca. Acá no hay nada de esto, ni se ve oscuridad; sino que se representa [al alma] por una noticia más clara que el sol. No digo que se ve sol, ni claridad, sino una luz que, sin ver luz, alumbra el entendimiento para que goce el alma de tan gran bien. Trae consigo grandes bienes" (6).

Y uno de ellos, en nuestro caso, fué el de disponer a la Santa para ulteriores y más soberanas mercedes. Tal fué la que describe la Santa en los siguientes términos: "Un día de san Pablo, estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad como particularmente escribí a vuestra merced (7) cuando mucho me lo mandó; y hacía-seme harto de mal, porque no se puede decir que no sea deshacerse... Sólo digo que cuando otra cosa no hubiere, para deleitar la vista, en el cielo sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor Nuestro, aun acá, que se muestra su Majestad conforme a lo que puede sufrir nuestra miseria: ¿qué será adonde del todo se goza tal bien?

(6) *Vida*; cap. XXVII, núms. 2 y 3.

(7) Al director para quien escribía su *Vida*.

“Esta visión, aunque es imaginaria, nunca la vi con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma”. Lo que en un principio sugería a la Santa el temor de si se la habría antojado; mas “el Señor, sigue escribiendo, se dió tanta prisa a hacerme esta merced y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy claro mi bobería; porque si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque excede a todo lo que acá se puede imaginar, aun sola la blancura y resplandor.

”No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave... que da deleite grandísimo a la vista y no la cansa... Es una luz tan diferente de la de acá” que “la claridad del sol que vemos”, parece cosa “deslustrada” en comparación “de aquella claridad y luz que se representa a la vista”; y “no se querrían abrir los ojos después. Es como ver un agua muy clara que corre sobre cristal y reverbera en ella el sol”, y “una muy turbia, y con gran nublado y corre por encima de la tierra. No porque se representa sol, ni la luz es como la del sol; parece, en fin, luz natural, y estotra, cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que, como siempre es luz, no la turba nada. En fin, es de

suerte que, por gran entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es. Y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos si fuera menester abrirlos; mas no hace más estar abiertos que cerrados cuando el Señor quiere, que aunque no queramos, se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia ni cuidado para ello. Esto tengo yo bien experimentado...”

“Y viene a veces [el Señor], continúa diciendo, con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar sino que es el mismo Señor, en especial acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe. Representase tan señor de aquella posada que parece, toda deshecha el alma, se ve consumir en Cristo. ¡Oh Jesús mío, exclama al llegar aquí, quién pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis! Y cuan Señor de todo el mundo, y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos y cielos que Vos criaseis, entiende el alma, según con la majestad que os representáis, que no es nada para ser Vos señor de ello” (8).

No sé que en ninguna lengua se haya escrito nada que por modo tan soberamente persuasivo

(8) *Vida*; cap. XXVIII, núms. 3, 4, 5 y 8.

nos represente el poder y la majestad del Señor. Realmente, aquí todo es divino: las cosas como las imágenes y las palabras. Por poca atención que se ponga al leer tan admirable página, no puede uno menos de advertir en ella —lo mismo que en muchas otras de la Santa— un como reflejo de la presencia e inmediata inspiración de Dios.

Y en las tales apariciones del Señor se ve que, en medio de su gloria, es el mismo que todos conocemos por la historia evangélica; el que anunciando la Buena Nueva a las multitudes, las exhortaba a ir a El, que era “manso y humilde de corazón” (9), y que aun puesto en la cruz y próximo a expirar en ella, pedía a su Eterno Padre por los mismos que le habían crucificado, excusándoles con que no sabían lo que hacían (10).

Esta piedad del Señor es casualmente uno de los rasgos que más impresionaban a la Santa, incitándola poderosamente a amar a Aquél que así había amado a los hombres y que tan particulares muestras de ese su amor la estaba dando a ella misma. “Comenzóme, escribe, mucho mayor amor y confianza de este Señor en viéndole, como con quien tenía conversación

(9) *Evangelio de san Mateo*; cap. XI, vv. 28 y 29.

(10) *Evangelio de san Lucas*; cap. XXIII, v. 34.

tan continua. Veía que aunque era Dios", era también "hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura, sujeta a muchas caídas por el primer pecado, que El había venido a reparar. Puedo tratar" con el "como amigo, aunque es señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas...

"¡Oh Rey de gloria y señor de todos los reyes...! ¡quién supiera ahora representar la majestad que tenéis! Es imposible dejar de ver que sois gran emperador en vos mismo, que espanta mirar esta majestad", bien que espanta más aún "mirar con ella vuestra humildad y el amor que mostráis a una como yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéremos, perdido el primer espanto y temor de ver vuestra majestad, con quedar mayor para no ofenderos", y esto "no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada, en comparación de no perderos a Vos" (11).

Como prueba de esta bondad y ternura del Señor para con los suyos, nótese, entre otras, la visión siguiente. Hallándome un día "en oración", escribe la Santa, me vi "en un gran cam-

(11) *Vida*; cap. XXXVII, núms. 5 y 6.

po, a solas, [y] en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras que me tenía rodeada; todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme: unas, lanzas; otras, espadas; otras, dagas, y otras, estoques muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte sin que me pusiese a peligro de muerte, y sola, sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicción, que no sabía que hacerme, alcé los ojos al cielo y vi a Cristo, no en el cielo, sino bien alto de mí, en el aire, que tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía, de manera que yo no temía toda la otra gente; ni ellos, aunque querían, me podían hacer daño.

“Parece sin fruto esta visión, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió a entender lo que significaba; y poco después me vi casi en aquella batería, y conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender a la triste alma...

“¡Oh, válgame Dios, si dijese de las maneras y diferencias de trabajos que en este tiempo tuve, aun después de lo que atrás queda dicho, como sería harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fué la mayor persecución, me parece, de las que he pasado. Digo que me vi a

veces de todas partes tan apretada, que sólo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo y llamar a Dios. Acordábame bien de lo que había visto en esta visión" (12).

Con todo, la manifestación más alta y reveladora del poder y majestad de Jesucristo, y para la cual el mismo Señor la dispuso con vivos sentimientos de humildad y de conocimiento de su propia nada, es la siguiente:

"Estando una noche en oración, dice la Santa, comenzó el Señor a decirme algunas palabras, trayéndome a la memoria por ellas cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusión y pena; porque aunque no van con rigor, hacen un sentimiento y pena que deshacen; y siéntese más aprovechamiento de conocerlos con una palabra de éstas que en muchos días que nosotros consideremos nuestra miseria; porque trae consigo esculpida una verdad que no la podemos negar...

"Pues tornando a lo que decía, como comenzó el Señor a traerme a la memoria mi ruin vida, a vuelta de mis lágrimas, como yo entonces, no había hecho nada, a mi parecer, pensé si me quería hacer alguna merced. Porque es muy ordinario cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho a

(12) *Vidas*, cap. XXXIX, núms. 17, 18 y 19.

mí misma, para que vea más claro cuán fuera de merecerlas yo son; pienso lo debe el Señor de hacer". El caso es que a "poco fué tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció estaba del todo fuera del cuerpo; al menos no se entiende que se vive en él. Vi a la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria que jamás la había visto. Representóseme, por una noticia admirable y clara, estar metido en los pechos del Padre. Esto no sabré yo decir como es, porque sin ver, me pareció me vi presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada y de tal manera que me parece pasaron algunos días que no podía tornar en mí..."

Realmente, aquí no sólo huelga, sino que se hace imposible todo otro comentario que no sea el de adorar en silencio misterio y favor tan inefables.

"Esta misma visión, continúa la Santa, refiriéndose sobre todo a los efectos que dejaba en su espíritu, he visto otras tres veces. Es, a mi parecer, la más subida visión que el Señor me ha hecho merced que vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza casi del todo a esta nuestra sensualidad. Es una llama grande, que parece abrasa y aniquila todos los deseos de la vida...; y un enseñamiento

grande para levantar los deseos en la pura verdad. Queda impreso un acatamiento que no sabré yo decir cómo, mas es muy diferente de lo que acá podemos adquirir". Y concluye el párrafo con una observación que ojalá hiciésemos todos y que nos servirá para dar fin a este capítulo: "Hace" gran "espanto al alma, dice, de ver cómo osó, ni puede nadie osar ofender una Majestad tan grandísima" (13).

Sin duda que sí.

(13) *Vida*; cap. XXXVIII, núms. 16, 17, 18, 19.

CAPITULO IV

Vida eterna y dichosísima de los que mueren en gracia de Dios.

Sabida es la significación de la frase "morir en gracia de Dios", con la cual queremos significar la dicha de un alma que por haber guardado la ley santa del Señor o haberse arrepentido en la debida forma de las faltas que contra ella hubiere cometido, muere amando a Dios y haciendo suya en un todo la voluntad divina. Tal es el estado dichosísimo y envidiable a que en el lenguaje cristiano se alude con dichas palabras.

Y de hecho, la felicidad de un alma cristiana que en tales disposiciones expira y sale de este mundo, no puede ser mayor; ya que al cerrar los ojos a las cosas de esta vida, los va a abrir para contemplar en un éxtasis de luz, de felicidad y de gloria, a su divino Hacedor, Hacedor al mismo tiempo de todos los mundos y de todas las cosas.

Las enseñanzas y promesas de Jesús sobre

este punto, no pueden ser más explícitas y manifiestas.

Así, en el llamado sermón de la Montaña, empieza por llamar “bienaventurados” a los “pobres de espíritu; dando por motivo de esa su felicidad, no el de haber merecido con su conducta más años de vida en este mundo u otro bien temporal, sino el de ser ya “de ellos el reino de los cielos” (1). Y entre las demás bienaventuranzas de que allí va hablando, aparecen la de los “limpios de corazón”, y la de aquéllos que a causa de seguir al Señor”, se ven maldecidos, y perseguidos y de mil maneras calumniados”. Y esto ¿por qué? Pues porque los unos “verán a Dios” y los otros se hallarán “con muy soberano galardón en los cielos” (2).

La promesa en todos ellos, como se ve, viene a ser la misma: como hijos de Dios, los buenos, los que han tratado de cumplir la ley santa del Señor, entrarán a la participación así de la vista como del amor y felicidad de su buen Padre en el cielo. Es su dichosísima herencia. Y esto, por los siglos de los siglos, por toda la eternidad.

Es lo que el mismo Jesucristo, expirando en

(1) *Evangelio de san Mateo*; 5, 3.

(2) *Evangelio de san Mateo*, 5, 8, 11 y 12.

la cruz, vino a decir al Buen Ladrón, cuando respondiendo a la súplica que le había hecho de que se acordase de él cuando estuviese en su reino, le aseguró que aquel mismo día “estaría con El en el paraíso” (3).

De Jesús son también estas palabras que el día del juicio universal ha prometido decir a los justos: “Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo” (4); conquie, siguiendo al Señor, irán todos ellos “a la vida eterna” (5), en la cual será tal su gloria que “brillarán como el sol” (6).

Claro que esta doctrina de Jesucristo, sancionadora de las buenas y de las malas obras del hombre en esta vida (como respecto de las últimas veremos más adelante) supone en el hombre mismo la libertad de obrar conforme a los dictámenes de su razón y de su conciencia o en oposición a ellas; pero casualmente la evidencia—hablando en términos generales—del supuesto hace que la teoría, aun desde el punto de vista humano, aparezca no sólo razonable, sino absolutamente necesaria y precisa.

Una sencilla reflexión nos convencerá de ello.

(3) *Evangelio de san Lucas*; 23, 43.

(4) *Evangelio de san Mateo*; 25, 34.

(5) *Ibid*; 25, 46.

(6) *Ibid*; 13, 43.

En la sociedad hay hombres que así respecto de la misma sociedad como de los individuos que la componen, se atienen a la ley y a los naturales, o positivos dictámenes de su conciencia; y otros que, por el contrario, no reconocen otra ley que su voluntad y su capricho, que más de una vez les llevan a los mayores atropellos y hasta los crímenes más abominables. Así nos lo están diciendo no sólo los tribunales de justicia, sino la legislación misma de todos los pueblos. Es verdad. Y atiéndase bien a esta voz común, a este veredicto universal de todas las naciones condenando bajo penas más o menos graves todo crimen y atropello, y se verá que es la prueba más inapelable y evidente de la libertad con que por regla ordinaria procede el hombre en sus actos. Y por eso mismo, porque generalmente es dueño de ellos y obra bien o mal, como le parece, es justo que según la calidad de sus determinaciones, reciba por ellas premio o castigo. Ahora bien, ¿quién podrá premiar o castigar debidamente al hombre? ¿Será el hombre mismo, la sociedad? Imperfectamente, sí podrán hacerlo en alguno que otro caso; pero en todos y adecuadamente, imposible; ya porque no está en su mano el conocimiento y fallo de la generalidad de los actos del hombre, ya porque ni tienen medios con que ga-

lardonar o castigar los tales actos. Muere un hombre dando la vida por otro, atacado injustamente, o por la patria, ¿cómo recompensará la autoridad acto de tan sublime heroísmo? Claro que de ningún modo.

El único que, en consecuencia, puede juzgar y, de acuerdo con su juicio, premiar o castigar debidamente al hombre, es su Criador, la inteligencia infinita que le formó, grabando en él, en todos los individuos, esas nociones del bien y del mal que, acompañadas respectivamente de la satisfacción, o del remordimiento, debían servirle de norma en sus actos y moverle, junto con posteriores luces y gracias, a la práctica de su deber y de la justicia.

De hecho, como vimos arriba, El será el premio y corona de los justos, que para siempre vivirán con El y en su amor, participando de su felicidad y de su gloria.

Mas esta gloria ¿quién la podrá, no digo decir, pero ni imaginársela siquiera? Porque si aquí, y tratándose de este mundo material, cuanto más sabio y entendido es el que le examina y contempla, mayor es la admiración de que en presencia de tanto poder y sabiduría se siente sobrecogido, ¿qué será ver al mismo Dios y contemplar sus infinitas perfecciones, en las que cada día hallará, naturalmente, nuevos motivos



de admiración y encanto, mirándolo todo, no como cosa extraña, sino como bienes, y misterios y atributos de su buen Padre, y Criador y Glorificador misericordioso?

Compréndese pues que las almas a quienes Dios, por su bondad, ha querido dar a entender en esta vida algo de aquellas sus soberanas grandezas no hallen palabras con que expresar la más ligera sombra de lo que han visto Así, san Pablo, describiendo a sus queridos fieles de Corinto, la gracia que Dios le había hecho de arrebatarse un día hasta “el tercer cielo”, se limita a hacerles notar que allí había oído cosas que los labios del hombre no pueden balbucir (7).

Al mismo recurso y por la misma razón, como veremos, tiene que apelar en muchas ocasiones santa Teresa.

“Estando, dice, una noche tan mala que quería excusarme de tener oración, tomé un rosario, por ocuparme vocalmente, procurando no recoger el entendimiento, aunque en lo exterior estaba recogida en un oratorio. Cuando el Señor quiere, poco aprovechan estas diligencias. Estuve así, bien poco, y vínome un arrebatamiento de espíritu con tanto ímpetu que no hubo poder resistirle. Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi, fué a

(7) *Epístola 2ª a los Corintios; 12, 1 y ss.*

mi padre y madre y tan grandes cosas en tan breve espacio como se podía decir un avemaría, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Esto de en tan breve tiempo, ya puede ser fuese más, sino que se hace muy poco". Y afligida sinceramente en su humildad, por lo admirable del caso, añade: "Temí no fuese alguna ilusión, puesto que no me lo parecía; no sabía qué hacer, porque había gran vergüenza de ir al confesor con esto, y no por humilde, a mi parecer, sino que me parecía había de burlar de mí y decir que ¡qué san Pablo para ver cosas del cielo, o san Jerónimo! Y por haber tenido estos santos gloriosos cosas de éstas, me hacía más temor a mí, y no hacía si no llorar mucho, porque no me parecía llevaba ningún camino. En fin, aunque más sentí, fuí al confesor; porque callar cosa jamás osaba, aunque más sintiese en decirla, por el gran miedo que tenía de ser engañada. El como me vió tan fatigada..., me consoló mucho y dijo hartas cosas buenas para quitarme de pena."

El Señor se apresuró además, a quitar de su ánimo toda sombra de duda con las nuevas visiones y luces de que nos sigue hablando la Santa.

Andando más el tiempo, escribe, me ha acaecido y acaece esto algunas veces: íbame el Se-

ñor mostrando más grandes secretos; porque querer ver el alma más de lo que se le representa, no hay ningún remedio, ni es posible; y así no veía más de lo que cada vez quería el Señor mostrarme. Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada y muy aprovechada el alma para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar a entender algo de los menos que entendía; y pensando cómo puede ser, hallo que es imposible; porque en sólo la diferencia que hay de esta luz que vemos a la que allí se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa muy desgustada. En fin, no alcanza la imaginación, por muy sutil que sea, a pintar ni trazar cómo será esta luz ni ninguna cosa de las que el Señor me daba a entender, con un deleite tan soberano que no se puede decir; porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir más" (8).

Sigamos escuchándola al hablar de otra gracia semejante recibida posteriormente, y pongamos atención no sólo a las visiones en sí de que era favorecida, sino a los efectos que éstas producían en su alma y que manifiestamente son un nuevo indicio de su procedencia divina.

(8) *Vida*; cap. XXXVIII, núms. 1 y 2.

“Había una vez—escribe—estado así más de de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí. Díjome: *Mira, hija, qué pierden los que son contra Mí; no dejes de decírselo.* ¡Ay, Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho a los que sus hechos los tienen ciegos, si Vuestra Majestad no les da luz! A algunas personas que Vos la habéis dado, aprovechádose han de saber vuestras grandezas; mas venlas, Señor mío, mostradas a cosa tan ruin y miserable, que tengo yo en mucho que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vuestro nombre y misericordia, que al menos a mí conocida mejoría he visto en mi alma. Después quisiera ella estarse siempre allí y no tornar a vivir, porque fué grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá. Parecíame basura, y veo yo cuan bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello... Esto es un gran señorío para el alma, tan grande que no sé si lo entenderá si no quien lo posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro. Todo lo hace Dios, que muestra Su Majestad estas verdades de manera..., que se ve claro no lo pudiéramos por nosotros, de aquella manera, en tan breve tiempo, adquirir.”

“Quedóme también, añade, poco miedo a la

muerte, a quien yo siempre temía mucho; ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve a Dios; porque en un momento se ve el alma libre de esta cárcel y puesta en descanso. Que este llevar Dios el espíritu y mostrarle cosas tan excelentes en estos arrebatamientos paréceme a mí conforma mucho a cuando sale un alma del cuerpo, que en un instante se ve en todo este bien...

“También me parece me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra [o patria], y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá, y saber adonde hemos de vivir. Porque si uno ha de ir a vivir de asiento a una tierra, esle gran ayuda para pasar el trabajo del camino haber visto que es tierra adonde ha de estar muy a su descanso. Y también para considerar las cosas celestiales y procurar que nuestra conversación sea allá, hácese con facilidad. Esto es mucha ganancia, porque sólo mirar el cielo recoge el alma, porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estase pensando; y acaéceme algunas veces ser los que me acompañan y con los que me consuelo los que sé que allá viven, y parecerme aquéllos verdaderamente los vivos, y los que acá viven, tan muertos que todo el mundo me

parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquéllos ímpetus.

“Todo me parece sueño lo que veo... con los ojos del cuerpo; lo que he ya visto con los del alma, es lo que ella desea; y como se ve lejos, éste es el morir. En fin, es grandísima la merced que el Señor hace a quien da semejantes visiones, porque la ayuda mucho” para ir adelante en todo buen propósito (9).

Algunas de estas visiones con que el Señor favoreció a su sierva, nos confirman particularmente en dos circunstancias que conocemos por la fe y que sin duda ninguna son un aliciente poderoso en el servicio de Dios y conquista del reino de los cielos, a saber: a) que esta suprema felicidad de ver a Dios o el purificarnos en el Purgatorio, como condición para entrar en el cielo, empezarán inmediatamente de salir de este mundo; y b) que los grados de gloria de que cada uno haya de gozar allá arriba, se medirán por las buenas obras y merecimientos con que en la hora de la muerte se presente al Señor.

Vense lo uno y lo otro en la aparición con que, muerto san Pedro de Alcántara y recibido del Señor a la participación de su gloria, en el cielo, se presentó a la Santa, diciéndola “como

(9) *Vida*; cap. XXXVIII, núms. 3 y 7.

se iba a descansar” y llamando “bienaventurada” a la penitencia que había hecho en vida, pues “tanto premio [le] había merecido” (10).

Confirmación de lo primero, o de que el premio (con Purgatorio o sin Purgatorio) sigue inmediatamente a la muerte, es también lo sucedido a la hermana de la Santa, pues muerta de repente, como años antes había anunciado el Señor a la misma Santa que así sucedería, vió ésta, pocos días después, como el Señor se “la llevaba a la gloria” (11).

Lo propio entendió del dominico P. Ibáñez (12), de uno de los Provinciales de su orden (13), de varias monjas de su mismo convento (14) y de otras muchas almas. En todas observó lo mismo, que o subían derechamente al cielo, privilegio de muy pocos; o pasaban antes por el Purgatorio, como veremos más a la larga en otro capítulo, horas (15), días (16), semanas (17) y aun meses (18), según sus faltas, purificándose así de ellas antes de subir al cielo, en el cual no puede entrar nada manchado (19).

(10) *Vida*; cap. XXVII, núm. 19.

(11) *Vida*; cap. XXXIV, núm. 19.

(12) *Ibid*; cap. XXXVIII, núm. 13.

(13) *Ibid*; cap. XXXVIII, núm. 26.

(14) *Ibid*; cap. XXXVIII, núms. 28 y 29.

(15) *Ibid*; cap. XXXVIII, núm. 29.

(16) *Ibid*; cap. XXXIV, núm. 19.

(17) *Ibid*; cap. XXXVIII, núms. 26 y 27.

(18) *Libro de las Fundaciones*; cap. X, núms. 1 y 5.

(19) *Apocalípsis*; 21, 27.

Aunque según nos advirtió arriba la santa Doctora “es imposible” formarnos idea de los bienes que Dios tiene preparados para los que le aman, algo podemos barruntar de dicha tan inefable por la relación que de sus visiones sobre el particular nos acaba de hacer ella misma. Y de hecho, ¿qué bien sobre todo bien y qué gozo y encanto serán realmente los de aquellas alturas para que al contemplarlos la Santa se fuese tras ellos como se fué? Porque realmente en ellos puso su alma, su vida y las ansias todas de su espíritu. Véanse efectivamente estas solas líneas que no pueden leerse sin verdadero embeleso y admiración: “Y digo así: que si me dijeseñ cual quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él y después subir un poquito más en gloria, o sin ninguno irme a un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantito de gozar más de entender las grandezas de Dios” (20).

¡Aceptar todos los trabajos del mundo hasta el fin de él, no por conseguir la Gloria, sino por solo “subir un poquito más” en ella! Y la Santa sabía de dolores, y de penas y de trabajos, pues había sufrido los mayores que a juicio de los médicos se pueden sufrir en esta vida, y con

(20) *Vida*; cap. XXXVII, núm. 2.

todo se ofrece a padecerlos y querría padecerlos, no por días, ni por años, sino por todo el tiempo que hubiese de transcurrir hasta el fin del mundo, con sola la condición de subir un poquito más en la posesión de dicha gloria. Pues ¿qué bien será éste de ver a Dios y participar de la dicha y felicidad de Dios en el cielo? Inefable e incomprensible de verdad tiene que ser.

Pues enamorados igualmente de él todos nosotros, no perdonemos medio ni violencia para llegar a su posesión, grabando bien en nuestra mente las palabras que en una de las visiones arriba aducidas, dijo Nuestro Señor, apenado, a su Sierva: *Mira, hija, qué pierden los que son contra Mí* (21).

Estemos, pues, con Jesús; vayamos siquiera a El por la penitencia, y al menos como hijos pródigos, permanezcamos ya para siempre a su lado. Aquí, temporalmente, y allá arriba, por eternidad de eternidades.

(21) *Vida*; cap. XXXVIII, núm. 3.

CAPITULO V

Castigo eterno de los que viven y mueren alejados de Dios por la culpa.

Al tratar en el capítulo anterior de la bondad y largueza con que el Señor premia a los buenos en la gloria, advertimos que era imposible formarnos idea de la dicha y felicidad que allí gozan los bienaventurados. Pues algo semejante, bien que por el lado opuesto, hay que decir de los dolores y desesperación con que castiga a los malos en el infierno. Y es que Dios, como oportunamente observa el P. Granada, en todo ha de ser Dios: Dios en el premiar y Dios en el castigar.

Y por eso, porque, como nadie, conoce el Señor el alcance así de su bondad como de su justicia, nos exhorta tan vivamente en el Evangelio a huir de todo camino de perdición, animándonos a entrar, aunque para ello hayamos de hacernos violencia, por la puerta angosta de la guarda de sus santos Mandamientos y del cumplimiento de nuestros particulares deberes y

obligaciones (1). Ni sólo nos exhorta a ir por el camino que ha de llevarnos a la participación de su dicha y a sus brazos paternales, sino que nos sufre un día y otro día, esperando nuestra vuelta a El, colmándonos entretanto de sus beneficios y "haciendo que salga el sol diariamente sobre buenos y malos" (2). Y de sus bondades y larguezas en el orden espiritual ¿qué decir? Porque no solamente llegó a hacerse hombre, y padecer y morir por nuestros pecados, abriéndonos con tan sublime acto de caridad las puertas del cielo; sino que para alimento y regalo de nuestras almas, quiso hasta quedarse en la Sagrada Eucaristía, dejar a su Iglesia el poder de perdonarnos los pecados y darnos a nosotros mismos palabra de encuchar nuestras súplicas, en las cuales nos concedió además, dar el nombre de padre a su mismo Padre que está en los cielos.

Y todo para sustraernos a las iras de su justicia, atributo tan necesario en El como los de su piedad y misericordia, y cuya terribilidad en los pobres condenados, El solo es capaz de conocer.

De ahí, entre otros, el consejo que daba a sus apóstoles y discípulos en estas palabras que nos

(1) *Evangelio de san Mateo*; cap. 7, 13 y 14.

(2) *Ibid*; cap. 5, 45.

ha conservado uno de ellos: "No temáis a aquellos que pueden matar el cuerpo, mas no el alma; temed, sí, en cambio, a aquél que puede echar alma y cuerpo en la *gehena*", o llamas infernales (3).

Clara idea del estado actual y término del hombre después de esta vida, nos la da el Señor en aquella su interesantísima parábola de la Cizaña. El dueño de un campo siembra en él buen trigo; pero mientras duermen los criados, viene el enemigo de dicho señor y siembra encima cizaña. Nacido y espigado el trigo, se dejó ver igualmente aquélla, conque llegándose a su señor los criados, le propusieron arrancarla. Temeroso, no obstante, el amo de que arrancando la cizaña, arrancasen con ella el trigo, les ordenó que dejasen crecer y madurar ambas plantas, y que al tiempo de la siega diría él a sus segadores: recoged primero la cizaña y atadla en haces para el fuego; el trigo, en cambio, recogedle en mis trojes. Hasta aquí la parábola. Explicando después su significado el Señor, dijo a sus discípulos que el sembrador de la buena semilla era el Hijo del hombre; el campo, el mundo; el trigo, los hijos del reino; la cizaña, los malos; el sembrador de la cizaña, el diablo; la recolección, el fin de los tiempos, y los segadores, los ánge-

(3) *Evangelio de san Mateo*; cap. 10, 28.

les. Como pues, se recoge la cizaña, prosiguió, y se echa al fuego, así sucederá en nuestro caso al fin de los siglos. Mandará el Hijo del hombre a sus ángeles, y éstos recogerán del reino de su Señor "todos los escándalos y a los hacedores de iniquidad, echándolos en el horno del fuego. Allí será el llanto y el crugir de dientes. Los justos, en cambio, brillarán como el sol en el reino de su Padre" (4).

De la misma parábola, por la comparación con la suerte de los buenos, puede deducirse la persistencia interminable del fuego a que los pecadores son condenados; pero claramente además, nos lo dice el mismo Jesucristo en otra ocasión, cuando aconseja al escandaloso evitar a todo trance el escándalo, a causa de que le será preferible cualquier mal de esta vida "a ser echado en la gehena, en el fuego inextinguible, donde ni el gusano, o *remordimiento*, de su conciencia remite, ni el fuego se apaga" (5).

¿Que más aún? ¿No nos advierte el mismo Señor que en el último día del juicio habrá de decir a los malos: "Apartados de Mí, malditos, al fuego eterno, dispuesto para el diablo y para sus ángeles" y que se terminará tan terrible es-

(4) *Evangelio de san Mateo*; cap. 13, 24 y ss.

(5) *Evangelio de san Marcos*; cap. 9, 42 y 43.

cena yendo, efectivamente, los malos a su "eterno suplicio?" (6).

El sentimiento del Señor, como padre y criador que es de todos los hombres, tiene que ser grande al castigar de tan terrible manera al pecador; pero se lo pide y obliga a ello la justicia, lo horrible de la ofensa hecha a su infinita Majestad por el pecado. Acerca de lo cual podrá darnos alguna luz lo que nos dice santa Teresa en una de sus visiones, al dársela a entender "con toda claridad cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí": "Digamos ser la Divinidad, escribe, como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo... y que todo lo que hacemos, se ve en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima, cada vez que se me acuerda, ver que cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es así que cuando se me acuerda, yo no sé como lo puedo llevar, y así quedé entonces tan avergonzada, que no sabía, me parece, adonde meterme. ¡Oh quién pudiese dar a entender esto a los que muy deshonestos y feos pecados

(6) *Evangelio de san Mateo*; cap. 25, 41 y 46.

hacen, para que se acuerden que no son ocultos, y que con razón los siente Dios, pues tan presentes a la Majestad pasan y tan desacatadamente nos habemos delante de El! Vi cuan bien se merece el infierno por una sola culpa mortal; porque no se puede entender cuan gravísima cosa es hacerla delante de tan gran Majestad, y que tan fuera de quien El es, son cosas semejantes" (7).

Y con todo, el hombre que recordando, según decíamos arriba, la bondad de su Hacedor, se humilla ante El y le pide humildemente perdón de sus culpas, puede estar seguro, no sólo de ser recibido, como otro Hijo Pródigo, en sus brazos, sino de ser admitido un día a la participación de la felicidad y gloria de los elegidos en el cielo.

Es la resolución que el Señor, con sus enseñanzas evangélicas, con sus inspiraciones y con sus gracias, hace por sugerir a todos los hombres y la que todos, en cualquier instante de nuestra vida, hemos de apresurarnos a seguir. No olvidemos que, después de todo, en ella está cifrado el supremo interés de nuestras almas.

De modo particular nos moverá a ello la luz que sobre el tema de lo que el condenado sufre

(7) *Vida*; cap. XL, núm. 10.

en el Infierno, nos comunican las siguientes visiones de santa Teresa de Jesús.

Y ante todo, véase como el pecador, con su alejamiento de Dios por la culpa, se condena a ser esclavo del demonio, así en vida, mientras no se arrepienta de sus pecados, como sobre todo en la hora de la muerte, si ni en aquellos sus últimos instantes ha hecho por volverse a Dios. “Llegando una vez a comulgar, escribe la Santa, vi dos demonios con los ojos del alma más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote, y vi a mi Señor, con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la Forma que me iba a dar, que se veía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como *amedrentados y espantados* delante de Vos; que de buena gana parece que huyeran si Vos los dejárais ir. Dióme tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera visión de Dios, que no permitiera Su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Díjome el mismo Señor que rogase por él, y que lo había permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las

palabras de la consagración, y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice; y para que viese su gran bondad, como se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos que otros, y cuán recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal” (8).

Quiera Dios que santamente impresionados con los pormenores de hecho tan lastimoso, podamos añadir con la Santa: “Harto gran provecho me hizo y harto conocimiento me puso de lo que debía a Dios” (9).

El caso segundo es todavía más lamentable, por ser de los que ya no tienen remedio. Al menos puede servirnos a nosotros de lección y de aviso. Refiérole así la Santa: “Estaba en una parte adonde se murió cierta persona que había vivido harto mal, según supe, y muchos años. Mas había dos que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo esto no me parecía a mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar

(8) *Vida*; cap. XXXVIII, núm. 23.

(9) *Vida*; *ibid.*

aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que a mí me puso gran pavor; que con garfios grandes le traían de uno en otro. Como le vi llevar a enterrar con la honra y ceremonias que a todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, como no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga.

“Estaba yo medio boba de lo que había visto. En todo el Oficio, no vi más demonio; después, cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo, y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera al Señor que esto que yo vi, cosa tan espantosa, vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien...” (10).

Y ¿qué rabia y desesperación serán realmente los de aquel lugar de tormentos? ¡Ay! a algunos hasta se les resiste pensar en ellos. Pueril preocupación. No, no está el mal en pensar y medir las consecuencias, por horribles que sean, de nuestros actos, sino en arrojarnos a ellos sin consideración ninguna, exponiéndonos a ries-

(10) *Vida*; cap. XXXVIII, núms. 24 y 25.

gos que nuestra imprevisión haría fatales. Por regla general, quien rehusa parar mientes en la consideración del Infierno, es porque rehuye el poner freno a su conducta. Desea ir, no por el camino estrecho del deber, sino por el ancho de la irreflexión y de sus gustos; y ya se ve el peligro que esta sola disposición de ánimo entraña para su salvación y eterna felicidad. En este como en todos los asuntos y cosas, amemos la luz, que ella nos salvará; y llevados de la mano de nuestra Santa, veamos el lugar de desesperación y de llanto eterno a que puede conducirnos el pecado, y del cual, por lo mismo, hemos a todo trance de huir. “Estando un día en oración, dice la Santa, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el Infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidármeme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo, y oscuro y angosto. El suelo me pareció de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él. Al cabo, estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena, adonde me vi me-

ter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí...

“Estotro, me parece que aun principio de encarecerse como es, no le puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es. Los dolores corporales tan incomportables, que, con haberlos pasado en esta vida gravísimos y, según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pensar..., no es todo nada en comparación de lo que allí sentí; y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma: un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sentible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé como encarecerlo. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque aun parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quien me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzarse a lo que me parece, y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor.

“Estando en tal pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse ni echarse,

ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared; porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas. Yo no entiendo como puede ser esto, que, con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena, todo se ve.

“No quiso el Señor entonces viese más de todo el Infierno; después he visto otra visión de cosas espantosas [y] de algunos vicios el castigo. Cuanto a la vista, muy más espantosos me parecieron; mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor; que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, mas bien entendí ser gran merced... Porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas, que por temor no se llevaba bien mi alma) ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído; no es nada con esta pena, porque es otra cosa. En fin, como de dibujo a la verdad; y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá” (11).

Ante gracia tan singular al par que tan dolorosa y terrible, no es extraño que quedase la vi-

(11) *Vida*; cap. XXXII, núms. 1, 2 y 3.

dente “tan espantada” que aun después de “casi seis años” que habían transcurrido desde entonces, no pudiese recordar el hecho sin que “el calor natural” la faltase “de temor” allí donde estaba escribiéndolo (12). Se comprende. ¿Pero y qué rabia y dolor serán los de aquellos infelices, que no por unos momentos, sino por eternidad de eternidades han de sufrir semejante suplicio?

Pues ¿qué malicia será la de un pecado mortal? Es la deducción más provechosa y prudente a la vez que de verdad tan terrible como ésta del infierno, podemos y debemos sacar. Que, como hijos de Dios, huyamos de todo cuanto pueda ofenderle, y que si hasta aquí nos hemos descuidado en algo, acudamos a su misericordia, con lo cual el Infierno no se habrá hecho para nosotros.

Y con tanta más razón nos inclinaremos del lado de este nuestro deber, cuanto más arraigo haya hecho en nuestras almas el temor de Dios y de las penas eternas del Infierno. No recelemos, por lo mismo, recordar con frecuencia esos pormenores que allí vió y experimentó nuestra Santa, de dolores físicos tan horribles que todos los de esta vida son “nada” en comparación de uno solo de ellos; del continuo “agonizar del al-

(12) *Vida*; cap. XXXII, núm. 4.

ma", que no sólo parece que os la están "siempre arrancando", sino que ella misma "se despedaza"; de "aquel fuego y desesperación interior", en que la vidente se sentía quemar y desmenuzar", haciéndosele este tormento por el "peor" de todos; y por fin, de la circunstancia, angustiosa y desesperante, de haberse de prolongar tales tormentos por siempre jamás, sin término ninguno, mientras Dios fuere Dios. Grabemos, repito, en el fondo de nuestras almas la imagen de tales horrores, y esto nos hará, con la ayuda divina, que no sólo huyamos de ellos, sino que corramos por la senda del amor de Dios y del cumplimiento de nuestro deber de cristianos hasta morir en los brazos del Señor y reinar con El eternamente en el cielo.

Movida de este amor de Dios, en primer término, y juntamente del temor de las llamas infernales, que Dios, como hemos visto, la había concedido experimentar en vida, tal fué la conducta y término dichosísimo de santa Teresa de Jesús. Ni solamente consiguió tan soberano bien para sí misma, sino para muchos otros, por los que de mil maneras se sacrificó, librándolos con ello y con sus oraciones de perderse y condenarse. Oigámosla a ella misma razonar sobre este punto su conducta. Sus palabras, por cualquier lado que se las mire, son oro puro. "De aquí tam-

bién gané, escribe refiriéndose a la visión antedicha, la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan... y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece, cierto, a mí que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro que si vemos acá una persona que bien queremos en especial con un gran trabajo, o dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida a compasión, y si [el dolor] es grande, nos aprieta a nosotros. Pues ver un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena; pues acá, con saber que, en fin, se acabará con la vida y que ya tiene término, aun nos mueve a tanta compasión, estotro, que no le tiene, no sé como podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo" (13).

Y para que se vea hasta qué punto concertó sus obras con sus sentimientos y palabras, recuérdense, entre mil otros casos, la conversión que en el pueblecito a que fué a curarse siendo ya monja de la Encarnación, obró en "una persona de la Iglesia" (14); el afán con que inició a su padre en la práctica de la meditación, y des-

(13) *Vida*; cap. XXXII, núm. 6.

(14) *Vida*; cap. V, núms. 3-6.

pués lo que por él se sacrificó en la última enfermedad, ayudándole a tener la muerte santa y tranquila que Dios le concedió (15); y el extremo de celo y de caridad con que, según dijimos en otro capítulo (16), consiguió del Señor librar a un pobre sacerdote de los lazos, para él irrompibles de una mala costumbre, o pasión de que se había dejado señorear. ¿Qué más? Hasta en la fundación de sus dos ilustres comunidades su móvil principal fué este del celo de la salvación de las almas, avivado en su espíritu con la noticia que por entonces llegara a sus oídos del “estrageo” que aun en Francia hacía la “desventurada secta” de los luteranos. “Parecíame, añáde, que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer, y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aun es, que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí, hiciesen lo mismo”, conque “todas ocupadas en oración por los que son defenedores de

(15) *Vida*; cap. VII. núms. 14-17.

(16) Cap. II de la 2.^a parte.

la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan 'apretado le traen" aquéllos a quienes "ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz...

"Oh hermanas mías en Cristo, sigue diciendo a sus hijas, ayudadme a suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí; este es vuestro llamamiento, estos han de ser vuestros negocios, éstos han de ser vuestros deseos, aquí vuestras lágrimas, éstas vuestras peticiones. No, hermanas mías por negocios del mundo... Quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios; quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo? No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia" (17).

"Dos cosas", las dice también, son las que principalmente habéis de encomendar al Señor con toda vuestra alma, disponiéndoos y santificándoos del mejor modo que os sea posible para que el Señor os oiga: la una, que entre los sacerdotes y religiosos "haya muchos" que tengan las partes de virtud y letras necesarias para el bien de las almas, "y a los que no están muy

(17) *Camino de Perfección*, cap. I.

dispuestos, los disponga el Señor ; que más hará uno perfecto que muchos que no lo estén. La otra que después de puestos en esta pelea, que, como digo, no es pequeña, los tenga el Señor de su mano, para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo y tapar los oídos, en este peligroso mar, del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por El, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón.

“No os parezca inútil ser continua esta petición, insiste, porque hay algunas personas que les parece recia cosa no rezar mucho por su alma ; y ¿qué mejor oración que ésta? Si tenéis pena porque no se os descontará la pena del purgatorio, también se os quitará por esta oración, y lo que más faltare, falte. ¿Qué va en que esté yo hasta el día del juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma? ¡Cuánto más el provecho de muchas y la honra del Señor! De penas que se acaban, no hagáis caso de ellas cuando interviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros...” (18).

Como se ve, la Santa no echaba en olvido la

(18) *Camino de Perfección*; cap. III, núms. 5 y 6.

lección de las penas eternas que aprendiera en su visión del infierno. A su imitación tengámosla nosotros también presente, que de seguro no perderemos nada en ello.

Ni en el tiempo ni en la eternidad.

CAPITULO VI

El dogma del purgatorio.

Por lo mismo que Dios es el ser por excelencia, "el que es", según se definió a Sí mismo en el Exodo (1), es también la Verdad (2), y por lo mismo la regla de todo cuanto en la creación puede haber de recto y de santo. Un ser capaz de modelar por sí mismo sus acciones, un ángel o un hombre, por ejemplo, a tanta mayor altura de perfección y de santidad se habrá elevado, cuanto en sus deseos, tendencias y operaciones mayor conformidad haya adquirido con el modo de ser y de obrar de su divino Hacedor. De ahí la sentencia de Jesucristo: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (3).

Y hasta que no adquiramos, dentro de la posibilidad de cada uno, esa semejanza, no seremos amados de El plenamente, ni podremos entrar a la abierta participación de su vista y felicidad. Hasta a ocho clases de personas llegó a llamar "bienaventuradas". Nuestro Señor, por

(1) Cap. III, 14.

(2) *Evangelio de san Juan*, 14, 6.

(3) *Evangelio de san Mateo*, 5, 48.

el derecho que en razón a sus virtudes tenían al reino de los cielos, a poseer la tierra, a ser consoladas, etc., etc., pero a una sola la asignó expresamente la dicha de "ver a Dios", a los "limpios de corazón" (4). Sin duda que la misma dicha aguardará a "los pobres de espíritu" y demás personas comprendidas en las tales "bienaventuranzas", pero siempre en el supuesto de que a esas sus particulares virtudes unan la de ser "limpios de corazón". Sólo ellas, efectivamente, podrán ver a Dios en su gloria.

Es lo que el apóstol san Pablo vino a decir en la graduación por la que el Señor va disponiendo a los suyos hasta hacerles participantes de su gloria en el cielo; porque "aquéllos, dice el Santo, que Dios previó habían de ser suyos, los predestinó a la semejanza con su Hijo...; a los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó, y a los que justificó, a esos los glorificó" (2). Nadie será, pues, glorificado, o introducido en la gloria, si antes no ha sido justificado, o limpio de corazón.

El alma admitida a la presencia de Dios tiene que estar limpia de toda ruga y fealdad de pecado, cualquiera que sea: de pensamiento o de palabra, de afectos o de obra. Nada manchado

(4) *Evangelio de san Mateo*; 5, 8.

(5) *Carta a los Romanos*; 8, 28.

puede entrar en aquellos alcázares de la gloria iluminados por la claridad misma de Dios. De tal modo riñe la más ligera sombra con aquella luz y la menor fealdad con aquella suprema hermosura que si un alma no purificada aún de sus culpas pudiese ser admitida y fuese admitida a gozar de la vista de Dios, renunciaría inmediatamente a ella hasta verse limpia de toda mancha y logrado algún parecido con la divina hermosura llamada a contemplar.

Compréndese fácilmente esta conducta por la sola dificultad que aquí tendríamos de entrar enlodados los pies en habitaciones magníficamente alfombradas, o de presentarnos sucios y mal vestidos ante escogida e ilustre concurrencia. Cierto que la comparación apenas si nos da luz en el asunto a que nos venimos refiriendo, por la distancia infinita a que éste se levanta sobre todas las cosas de la tierra, pero nos hace comprender la verdad de lo dicho.

Dedúcese, pues, de todo ello la necesidad de un lugar de purificación para la generalidad de las almas que, perdida la inocencia bautismal por el pecado, mueren con todo, arrepentidas de sus culpas y en gracia de Dios. Casos hay en que el alma pecadora de tal modo se vuelve a El y detesta sus culpas que en adelante no tiene otro querer que el querer y voluntad del Señor,

por quien, en ocasiones, hasta llega a dar su vida, como los mártires, o la emplea toda en el servicio del Señor y en hacer penitencia de lo pasado. Compréndese que tales almas de ninguna otra purificación necesiten para ver a Dios y participar con El de las eternas moradas de la gloria; pero sabido es que tales conversiones son raras. Lo ordinario es que aun efectuándose en las condiciones debidas para reconciliar el alma con Dios, dejen a aquélla con la deuda de buena parte de la pena temporal merecida por sus antiguas culpas y con resabios que la lleven a cometer otras faltas, siquiera sean veniales, llegando a la hora de la muerte sin la pureza necesaria para ver a Dios, según queda indicado. Y salida en tales condiciones de este mundo ¿cómo conseguirlo? Porque ella, después de todo, ama a Dios y está como suponemos en su gracia. No hay pues otra solución que la de quitar el obstáculo que la impide llegarse hasta El y contemplarle, pagando con el sufrimiento del Purgatorio la deuda temporal contraída por sus antiguos desórdenes y adquiriendo con su limpieza y rectitud de afectos aquel parecido con su divino Hacedor que la permita presentarse a El y reinar con El por los siglos de los siglos.

Es el pensar de todo el mundo católico y uno de los dogmas de la Iglesia; dogma que como

los otros de que hasta aquí hemos hablado, recibe plena confirmación de las comunicaciones sobrenaturales con que el Señor, como vamos a ver, favoreció sobre el particular a su sierva santa Teresa de Jesús.

Una de las primeras refiérese casualmente a su hermana María de Cepeda, y va acompañada, como veremos, de tales antecedentes que no puede menos de ser una realidad. El hecho es como sigue. Habíase muerto repentinamente el esposo de María, llamado Martín de Guzmán, lo que, según se deja entender, afligió en extremo a la familia, sobre todo por la circunstancia de no haberse podido confesar en aquella su última hora. Así nos lo advierte la Santa, quien añade: “y estando yo con [esta] pena, se me dijo en la oración que así [había] de morir mi hermana; que fuese allá y procurase se dispusiese para ello. Díjelo a mi confesor, y como no me dejaba ir, entendilo otras veces. Ya como esto vió, díjome que fuese allá, que no se perdía nada. Ella estaba en una aldea (6), y como fuí sin decirla nada, le fuí dando la luz que pude en todas las cosas, y hice se confesase muy amenudo y en todo trajese cuenta con su alma. Ella era muy buena, y hízolo así. Desde a cuatro o cinco años que tenía esta costumbre y muy buena cuenta

(6) Castellanos de la Cañada.

con su conciencia, se murió sin verla nadie ni poderse confesar. Fué el bien que como lo acostumbraba, no había poco más de ocho días que estaba confesada. A mí me dió gran alegría cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en el purgatorio. Serían... no me parece ocho días cuando, acabando de comulgar, me apareció el Señor, y quiso la viese cómo la llevaba a la gloria. En todos estos años, desde que se me dijo hasta que murió, no se me olvidaba lo que se me había dado a entender, ni a mi compañera (7); que así como murió, vino a mí muy espantada de ver como se había cumplido. Sea Dios alabado por siempre, que tanto cuidado trae de las almas, para que no se pierdan" (8).

Para mí, repito, la verdad del hecho en todos sus pormenores, entre ellos el de haber permanecido el alma de la difunta como ocho días en el purgatorio, de donde a la vista de la Santa, la saca Nuestro Señor para llevársela al cielo, me parece incontrovertible, sobre todo por la particularidad de haber sido anunciada a la Santa con varios años de anticipación la clase de muerte que la persona a quien el hecho se refiere, había de tener, cosa que sólo Dios, sin cuya volun-

(7) Doña Guiomar de Ulloa.

(8) *Vida*; cap. XXXIV, núm. 19.

tad no se mueve ni una sola hoja del árbol, podía saber.

En este otro caso, cuyas circunstancias son también muy notables, se refiere la Santa a “un caballero muy principal”, D. Bernardino de Mendoza, que la había ofrecido casa y huerta para que hiciese una fundación de monjas carmelitas en Valladolid. “Desde a dos meses, poco más o menos, sigue diciendo la Santa, le dió un mal acelerado que le quitó el habla, y no se pudo bien confesar, aunque tuvo muchas señales de pedir al Señor perdón. Murió muy en breve, harto lejos de donde yo estaba. Díjome el Señor que había estado su salvación en harta aventura, y que había habido misericordia de él por aquel servicio que había hecho a su Madre en aquella casa que había dado para hacer monasterio de su Orden; ...que no saldría de purgatorio hasta la primera misa que allí se dijese, que entonces saldría. Yo traía tan presente las graves penas de esta alma, que aunque en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entonces, y me di toda la priesa que pude para fundar como pudiese en Valladolid”. Obligaciones ineludibles la detuvieron en Avila y en Medina del Campo, donde volvió a hablarla el Señor sobre el asunto, advirtiéndola se diese prisa, “que padecía mucho aquel alma”, y al fin el 10 de agosto, “día de

san Lorenzo”, pudo estar en Valladolid. El domingo inmediato no tenían alcanzada aún la licencia del Ordinario para la fundación, aunque sí para que las dijese misa en el futuro monasterio. Y ahora dejemos nuevamente la palabra a la Santa: “Yo estaba, dice, bien descuidada de que entonces se había de cumplir lo que se me había dicho de aquel alma; porque aunque se me dijo a la primera misa, pensé que había de ser a la que se pusiese [como inauguración de la casa] el Santísimo Sacramento. Viniendo el sacerdote adonde habíamos de comulgar, con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo a recibirle, junto al sacerdote se me representó el caballero que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre; puestas las manos, me agradeció lo que había [hecho] por él para que saliese del purgatorio” (9).

El celebrante mismo que era Juan de Avila, añade sobre el caso que al dar la comunión a la Madre, la vió “con grande arrobamiento” (10).

Era natural. Y con el arrobamiento, dado el caso en sí y el encendido amor que tenía a las almas del purgatorio, experimentaría un gozo del que difícilmente podríamos formarnos idea. Puede deducirse, con todo, de lo que ella misma

(9) *Libro de las Fundaciones*; cap. X, núms. 1-5.

(10) V. la nota 2.^a de la cita anterior.

al referirnos el hecho siguiente, también de un alma que, con sus méritos y oraciones, había logrado sacar del purgatorio, nos cuenta.

Dice así. Anunciáronme la muerte de un antiguo Provincial nuestro y ahora “de otra Provincia, a quien yo había tratado y debido algunas buenas obras. Era persona de muchas virtudes. Como lo supe que era muerto, dióme mucha turbación, porque temí su salvación, que había sido veinte años prelado, cosa que yo temo mucho, cierto, por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas, y con mucha fatiga me fuí a un oratorio. Dile todo el bien que había hecho en mi vida, que sería bien poco, y así lo dije al Señor que supliesen los méritos suyos lo que había menester aquel alma para salir de purgatorio.

“Estando pidiendo esto al Señor lo mejor que yo podía, parecióme salía del profundo de la tierra a mi lado derecho, y vile subir al cielo con grandísima alegría. El era ya bien viejo, mas vile de edad de treinta años, y aun menos me pareció, y con resplandor en el rostro. Pasó muy en breve esta visión, mas en tanto extremo quedé consolada, que nunca me pudo dar más pena su muerte, aunque veía fatigadas personas hartas por él, que era muy bienquisto. Era tanto el consuelo que tenía mi alma, que ninguna cosa

se me daba, ni podía dudar en que era buena visión, digo que no era ilusión. Había no más de quince días que era muerto; con todo no descuidé de procurar le encomendasen a Dios y hacerlo yo, salvo que no podía con aquella voluntad que si no hubiera visto esto, porque cuando así el Señor me lo muestra, y después los quiero encomendar a Su Majestad, pareceme, sin poder más, que es como dar limosna al rico" (11).

Puesta a hablar "de visiones de difuntos" se propone la Santa contarnos algunas más, aunque "pocas". Helas aquí, pues dado el carácter del capítulo en que nos hallamos, no pueden menos de encajar en él.

Así que oigamos de nuevo a la Santa. Hacía "poco más de día y medio", se había muerto en casa una monja "harto sierva de Dios"; conque diciendo otra una lección de difuntos en el oficio que por la difunta se celebraba "en el coro, yo estaba en pie para ayudarla a decir el versó. A la mitad de la lección la vi, que me pareció salía el alma de la parte que la pasada y que se iba al cielo. Esta no fué visión imaginaria, como la pasada, sino como otras que he dicho; mas no se duda más que las que se ven.

Otra monja se murió en mi misma casa, de hasta dieciocho o veinte años. Siempre había

(11) *Vida; cap. XXXVIII, núms. 26 y 27.*

sido enferma y muy sierva de Dios, amiga del coro y harto virtuosa. Yo cierto pensé no entrara en purgatorio, porque eran muchas las enfermedades que había pasado, sino que le sobraban méritos. Estando en las horas, antes que la enterrasen, habría cuatro horas que era muerta, entendí salir del mismo lugar e irse al cielo" (12).

Esto por lo que hace a sus monjas del Carmen. De los dos siguientes, el primero se refiere a un hermano de los jesuitas y el segundo a un fraile de la Orden carmelitana. Escuchémosla: "Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, con los grandes trabajos que he dicho tenía algunas veces, y tengo, de alma y de cuerpo, estaba de suerte que aun un buen pensamiento, a mi parecer, no podía admitir. Habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y estando como podía encomendándole a Dios y oyendo misa de otro padre de la Compañía por él, dióme un gran recogimiento, y víle subir al cielo con mucha gloria y al Señor con él. Por particular favor entendí era" esto de acompañarle "Su Majestad" (13).

"Otro fraile de nuestra Orden, harto buen fraile, estaba muy malo, y" hallándome "yo en

(12) *Vida; cap. XXXVIII*, núms. 28 y 29.

(13) *Vida; ibid*, núm. 30.

misa, me dió un recogimiento, y vi como era muerto y subir al cielo sin entrar en purgatorio. Murió aquella hora que yo lo ví, según supe después. Yo me espanté de que no había entrado en purgatorio. Entendí que por haber sido fraile que había guardado bien su profesión, le habían aprovechado las bulas de la Orden para no entrar en purgatorio" (14).

Como nota final de la relación de estas cosas, añade la Santa: "No quiero decir más [de ellas], porque... no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea. Mas no he entendido, de todas las que he visto, dejar ningún alma de entrar en purgatorio si no es la de este Padre, y el santo Fray Pedro de Alcántara y el Padre Dominico que queda dicho" (15).

Esta última observación de santa Teresa, aunque, dicho sea de paso, más que al orden de las ideas, pertenece al de los hechos, encaja perfectamente en las consideraciones hechas al principio de este capítulo y son una confirmación de ellas. Para ver a Dios y entrar a la participación de su vida y gloria en el cielo se necesita ser en sus ideas, obras y afectos una cosa con El, y a

(14) *Vida*; cap. XXXVIII, núm. 31.

(15) *Ibid*; núm. 32.

esta pureza y sencillez de espíritu, como base de tan soberana unión, llegan pocos en este mundo.

¿Pero y de qué clase serán esas penas del purgatorio que así acrisolan y disponen las almas para ver a Dios?

Y aquí también, en busca de respuesta que satisfaga nuestra noble ansiedad, tenemos que acudir a la santa Doctora, seguros de hallar en sus escritos la luz que buscamos, ya que una de las maravillosas manifestaciones con que el Señor la favoreció en vida, fué ésta de darla a entender tales penas, haciéndoselas sufrir como preparación para comunicarla sus más sublimes y celestiales mercedes (16).

Meditando, pues, sobre la descripción que de ellas hace la Santa y en que de hecho nos advierte habérsela representado “ser de esta manera [las] que padecen en purgatorio”, hallamos:

a) Que el motivo principal de tales angustias y dolores en dichas almas, es la “viva noticia” que Dios las da de Sí mismo, como bien que en sí tiene todos los bienes; y junto con ello el ver que a causa de sus pecados, no pueden llegar a El y gozar de su vista, como con ansia irresistible de su voluntad y de lo más íntimo de todas sus potencias desearían.

b) Puesta el alma en tal arrobamiento y ab-

(16) Véanse *Las Moradas* Moradas sextas, cap. XI.

sorción de todas las potencias, sólo puede pensar en su desgracia, en la razón que tiene para sufrir de aquel modo, apartada como está de su centro y único bien.

c) Puede rastrearse con esto su mortal angustia. Presa de ella en varias ocasiones santa Teresa de Jesús, dice que con el conocimiento sobrenatural que Dios la comunicaba de Sí mismo, y verse alejada de El, sentía tan vivo dolor, que no podía menos de exhalar agudos "gritos"; añadiendo, para darnos alguna idea de su martirio y agonía, que si entonces la hubieran hecho pedazos, ni siquiera lo habría advertido.

d) De aquí deduce, naturalmente, la Santa "cuan más recios" son los padecimientos del alma que los del cuerpo, y cómo a las del purgatorio no las impide el estar privadas de él para padecer cuanto vamos viendo.

e) Como rayo de nueva luz en el asunto, todavía añade más, y es que esta pena es de tan singular hechura que llega hasta lo "muy hondo e íntimo del alma", que es donde se deja sentir y no donde solemos experimentar las de acá.

Por todo ello no es extraño que la Santa, que como ninguna otra criatura quizá, sabía de dolores, llegue a decir de los padecidos por las pobres almas del purgatorio que son indiscutiblemente mayores que todos los de este mundo.

Padeciéndoles, padecen, pues, al menos implícitamente, cuanto aquí puede padecer el alma en achaque de angustias, aflicciones y congojas, y cuanto puede sufrir el cuerpo aun en medio de las llamas, que es sin duda ninguna uno de los más horribles tormentos de esta vida. ¡Pobres almas! ¿qué no harían hoy por no estar separadas de Dios y sufrir lo que sufren? Buena lección para nosotros.

Y con tanto padecer, no sólo están resignadas, sino prontas a seguir sufriendo cuanto Dios tiene dispuesto que sufran, y esto por varias razones: la primera porque comprenden ser de justicia; la segunda, porque tal es respecto de ellas la voluntad de Dios, con la que están absolutamente identificadas; y la tercera, porque saben de los tales padecimientos que las purifican de sus faltas, dándolas en cada instante mayor parecido con su Dios y Señor, de cuya vista y gloria han de gozar por siempre, sin término ni fin de ninguna clase.

Ardiendo con todo en ansias de ver a su Dios, apenas si habrá instante en que no suspiren por ir a El, repitiendo en su sentido, ya que no en sus palabras, aquella dulcísima estrofa que sumió a santa Teresa de Jesús en uno de los dolorosos éxtasis a que nos hemos referido últimamente:

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos
y llévame al cielo.

Sea así, Señor.

*Dales el eterno descanso
y brille para ellas la luz que jamás se ha de ex-
[tinguir.*

CAPITULO VII

Medios que el Señor, en su bondad infinita, ofrece al hombre para que pueda conseguir su salvación.

Hacedor como es el Señor de todos los hombres, es natural que nos ame a todos y que así en el orden natural como en el espiritual nos proporcione los medios para vivir y desenvolvernos dentro de las leyes señaladas por El a la naturaleza humana. ¿Qué son efectivamente, esa variedad de bienes y frutos que ha puesto en la tierra, y esas condiciones climatológicas de que la ha dotado, y ese sol que diariamente la envuelve en su luz maravillosa, sino otras tantas muestras de su amor hacia el hombre y de su providencia para con él? Y al correr de los tiempos y llegada, sobre todo, la hora de venir Jesucristo al mundo ¿quién podrá calcular los bienes de luz, de esperanza y de amor que en el orden espiritual, es decir, del cultivo de nuestras facultades psíquicas y consecución de nuestro

último fin, ha derramado sobre el hombre? Y realmente, cuando uno se detiene a reflexionar un poco sobre el adorable misterio de un Dios hecho hombre por nosotros, venido al mundo para reconciliarnos, a costa de su vida, con su Eterno Padre y merecernos la dicha de entrar como hijos en el reino de los cielos, no sale uno de su asombro, y en el colmo de él se ve uno precisado a calificar hasta de "excesivo", como san Pablo, este amor de Jesús a los hombres.

Claro que el hecho, por inexplicable que parezca, tiene una explicación, y es la del carácter de padre de quien así nos ama.

Y en calidad de tal, no sólo nos llama hacia Sí, y nos tiende la mano en nuestros peligros y está dispuesto a escuchar nuestras súplicas, sino que nos defiende, y nos llama y nos perdona, dispuesto siempre a recibirnos en sus brazos si alejados alguna vez de El por la culpa, volvemos como el Hijo pródigo a la casa paterna. Su acción bienhechora y continua en cada una de las almas, es no un rayo, sino un verdadero fondo de luz. Ya en la altísima e incomparable introducción a su Evangelio, decía san Juan, hablando del Verbo, que en El existía la vida y que esta vida era la luz de los hombres (1). La luz de su consejo y de su bondad infinita, como re-

(1) Cap. I, v. 4.

galada expresión de su amor, nos envuelve y compenetra, iluminando y hermozeando de hecho nuestras almas, si nosotros, con las tinieblas de nuestras culpas, no se lo impedimos.

Véase al efecto y en comprobación de verdad tan abierta y consoladora, la siguiente página de santa Teresa de Jesús. “Estando una vez en las Horas, ...de presto se recogió mi alma y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas, ni lados, ni alto ni bajo que no estuviere toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo Nuestro Señor como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro, como en un espejo, y también este espejo, yo no sé decir cómo, se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicación, que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fué esta visión de gran provecho, [y lo es] cada vez que se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme a entender que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente, dándonos el ser; y que los herejes es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que oscurecido” (2).

Nótese de paso la altísima lección que natu-

(2) *Vida*; cap. XL, núm. 5.

ralmente se desprende de las últimas líneas de la Santa, y admírese su precisión teológica y literaria en la diferencia que pone entre el pecado corriente y el de la herejía, indicados el uno por la niebla, de que simplemente se empaña el espejo, y el otro por la rotura que además sufre. Difícilmente se podría exponer dicha diferencia con imagen más feliz y expresiva.

Pues vengamos ya al particular de algunos de los medios que directamente o por medio de su Iglesia, de los Angeles o de los Santos, ofrece el Señor al hombre para conseguir su salvación.

§ I.—ACCIÓN DIRECTA E INMEDIATA DE DIOS EN EL HOMBRE

En esta providencia del Señor con sus criaturas y particularmente con el hombre, a quien nos referimos en estas páginas, podemos considerar que unas veces obra directamente por Sí mismo, y otras sirviéndose de sus mismas obras y criaturas. Basándonos en dicha observación, vamos, pues, a comprobar, por medio del testimonio de santa Teresa de Jesús, la verdad y riqueza de su misericordia para con nosotros.

Y, en primer lugar, no sólo nos conserva el ser que nos ha dado, sino que en muchas ocasio-

nes nos defiende de peligros y males que nos amenazan. Así nos ha enseñado a pedirselo en el Padrenuestro, clara señal de que efectivamente desea oírnos y librarnos de todo verdadero mal así del cuerpo como del alma. En comprobación de verdad tan natural y consoladora, véase lo que de sí misma y de otros nos refiere santa Teresa de Jesús. Algunas veces, dice, “veía mucha multitud de [demonios] en rededor de mí, y parecíame estar una gran claridad que me cercaba toda, y ésta no les consentía llegar a mí. Entendí que me guardaba Dios para que no llegasen a mí de manera que me hiciesen ofenderle. En lo que he visto en mí algunas veces, entendí que era verdadera visión” (3).

Las gracias siguientes son de otro orden, pero les fueron concedidas a los agraciados merced a los ruegos de la misma Santa. Ella misma confiesa con su habitual sencillez e ingenuidad que eran “tantas las mercedes” que sobre este particular el Señor la había concedido, “y mucho más en salud de almas que de cuerpos”, que “si las hubiese de decir” todas, sería cansarse ella y “cansar a quien lo leyera”. “De ello, añade, hay hartos testigos” (4).

El lector agradecerá que si no de todas las

(3) *Vida*; cap. XXXI, núm. 11.

(4) *Vida*; cap. XXXIX, núm. 5.

que, al fin, aduce la Santa, le demos parte de algunas. Es lo que, gustosos, vamos a hacer, copiando, como siempre, sus mismas palabras.

Oigámosla.

“Estando yo una vez, escribe, importunando al Señor mucho porque diese vista a una persona que yo tenía obligación, que la había del todo casi perdido, yo tenía gran lástima, y temía por mis pecados no me había el Señor de oír. Aparecióme, como otras veces, y comenzóme a mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido; parecíame que a vuelta del clavo sacaba la carne. Veíase bien el gran dolor, que me lastimaba mucho, y díjome que quien aquello había pasado por mí, que no dudase sino que mejor haría lo que le pidiese; que El me prometía que ninguna cosa le pidiese que no la hiciese, que ya sabía El que yo no pediría si no conforme a su gloria, y que así haría esto que ahora pedía; que aun cuando no le servía, mirase yo que no le había pedido cosa que no la hiciese mejor que yo lo sabía pedir; que cuan mejor lo haría ahora que sabía le amaba; que no dudase de esto. No creo pasaron ocho días que el Señor... tornó la vista a aquella persona. Esto supo mi confesor luego” (5).

(5) *Vida*; cap. XXXIX, núm. 1.

“Otra vez, añade, estaba una persona muy enferma de una enfermedad muy penosa, que por ser no sé de qué hechura, no la señalo aquí. Era cosa incomparable lo que había dos meses que pasaba, y estaba en un tormento que se despedazaba. Fuéle a ver mi confesor... y húbole gran lástima, y díjome que en todo caso le fuese a ver, que era persona que yo lo podía hacer, por ser mi deudo. Yo fuí y movióme a tener de él tanta piedad que comencé muy importunamente a pedir su salud al Señor. En esto vi claro, a todo mi parecer, la merced que me hizo; porque luego, otro día, estaba del todo bueno de aquel dolor” (6).

El tercer caso referido por la Santa es el siguiente: “Estaba una vez con grandísima pena, porque sabía que una persona a quien yo tenía mucha obligación, quería hacer una cosa harto contra Dios y su honra, y estaba ya muy determinado a ello. Era tanta mi fatiga que no sabía que... remedio poner “para que lo dejase: ya parecía que no le había. Supliqué a Dios muy de corazón que le pusiese; mas hasta verlo, no podía aliviarse mi pena. Fuime, estando así a una ermita bien apartada, que las hay en este monasterio, y estando en una adonde está Cristo a la columna, suplicándole me hiciese esta

(6) *Vida*; cap. XXXIX, núm. 2.

merced, oí que me hablaba una voz muy suave, como metida en un silvo. Yo me espelucé toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decía; mas no pude, que pasó muy en breve. Pasado mi temor, que fué presto, quedé con un sosiego, y gozo y deleite interior, que yo me espanté que sólo oír una voz, que esto oílo con los oídos corporales, y sin entender palabra, hiciese tanta operación en el alma. En esto vi que se había de hacer lo que pedía, y así fué que se me quitó del todo la pena en cosa que aun no era como si lo viera hecho, como fué después. Díjelo a mis confesores, que tenía entonces dos, harto letrados y siervos de Dios" (7).

Vése, pues, por estas y otras gracias semejantes que para sí, o para otros concede el Señor a aquéllos que se las piden, la confianza que hemos de tener en aquellas sus amorosas palabras de "pedid y daros han; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá la puerta", ya que, después de todo, no lo olvidemos, son del Señor. Realmente son la fórmula más abierta y significativa de la bondad del Señor para con nosotros y de la disposición en que se halla para acudir a nuestras necesidades, librarnos de todo mal y colmarnos de sus gracias y consuelos, hasta tanto que pasado el invierno de esta vida y

(7) *Vida*; cap. XXXIX, núm. 3.

llenos de buenas obras, nos ponga en posesión de los bienes y felicidad eterna del reino de los cielos.

Así, y de acuerdo con esta su paternal disposición, no sólo nos perdona los pecados, en la forma que todos sabemos, sino que de mil modos nos fortalece y consuela, llegando hasta venir realmente a nuestros corazones y ser nuestro alimento y verdadera vida. El tema es de los más sublimes que pueden solicitar la palabra o la pluma, y quien más quien menos, todos hemos oído o leído algo sobre su excelencia soberana y verdaderamente divina: aquí sólo nos incumbe ofrecer a la consideración de los fieles, como respecto de otros temas hemos hecho, algunas de las gracias sobrenaturales concedidas por Jesús Sacramentado a santa Teresa de Jesús; conque naturalmente se fortalecerá nuestra confianza en tan augusto y adorable misterio.

Hablando la Santa del "Rector de la Compañía de Jesús" en Avila, cuenta de él el hecho siguiente, que se comprende le llenaría de consuelo en medio de la tribulación que le asediaba: "Acaecióle una vez, escribe, un gran trabajo, en que fué muy perseguido y se vió" en mucha aflicción. "Estando yo un día oyendo misa, vi a Cristo en la cruz cuando alzaban la Hostia: díjome algunas palabras que le dijese de consue-

lo, y otras previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo, y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo" (8).

Siendo el hecho cosa de Dios, como se deduce de las últimas palabras de la cita, y teniéndose en cuenta que se trata de un Dios que en su amor por el hombre ha querido hasta dársele en alimento, no sólo se comprende su carácter consolador sino que hasta puede verse en él un como símbolo de las innumerables gracias, esfuerzos y alegrías comunicadas por Jesús a cuantos le reciben en ese su Sacramento de amor.

De hecho, la propia santa Teresa de Jesús refiere de sí misma que en las muchas y angustiosísimas pruebas a que el Señor la sujetó en diversas épocas, casi de "ordinario, al menos lo más continuo" descansaba "en acabando de comulgar" (9). Aun algunas veces, añade, con sólo "llegar al Sacramento, luego, a la hora, quedaba tan buena, alma y cuerpo, que yo me espanto. No parece sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma, y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado" (10). Realmente, la comparación de la San-

(8) *Vida*, cap. XXXXVIII, núm. 14.

(9) *Vida*, cap. XXX, núm. 14.

(10) *Ibid.*

ta no puede ser más oportuna, ya que de hecho, eso es Jesús en la Eucaristía, sol divino que con sus celestiales rayos enardece, purifica y acrisola las almas, poniendo en ellas luces y ardores que no son de este mundo.

Y todas estas bondades y consuelos del Señor hacia los suyos pueden considerarse como medios para llegar al fin, que no es otro, según vimos en uno de los capítulos anteriores, que el de ver a Dios y entrar a la parte con El en la dicha eterna de su gloria y de sus infinitas perfecciones. De ahí que en aquella última hora de los suyos responda el Señor con particulares gracias a las súplicas que se le dirigen, como se ve, entre otros casos, por el que de una de sus monjas de Toledo nos cuenta santa Teresa. Estando yo allí, escribe en su *Libro de las Fundaciones*, “acaeció darle el mal de la muerte a una hermana. Recibidos los Sacramentos y después de dada la Extremaunción, era tanta su alegría y contento, que así se le podía hablar en cómo nos encomendase en el cielo a Dios y a los Santos que tenemos devoción, como si fuera a otra tierra. Poco antes que expirase, entré yo a estar allí, que me había ido delante del Santísimo Sacramento a suplicar al Señor la diese buena muerte; y así como entré, vi a Su Majestad a su cabecera, en mitad

de la cabecera de la cama. Tenía algo abiertos los brazos, como que la estaba amparando... Yo quedé harto consolada y recogida. Desde a un poquito lleguéla a hablar, y díjome: ¡Oh Madre, qué grandes cosas tengo de ver! Así murió, como un ángel" (11). "Y algunas que mueren después acá, añade la Santa, he advertido que es con una quietud y sosiego como si les diese un arrobamiento, o quietud de oración, sin haber habido muestra de tentación ninguna" (12).

Lleve al Señor su bondad a darnos a cada uno de nosotros muerte tan tranquila y santa.

§ II.—ACCIÓN MATERNAL QUE, A NOMBRE DEL SEÑOR, EJERCE LA IGLESIA EN CADA UNO DE SUS HIJOS

Otro de los medios de que el Señor se vale para mover al hombre al cumplimiento de sus deberes, a huir del pecado y a llenarse de méritos para el cielo, es este: la Iglesia. Es la obra de su predilección en este mundo. Comenzó por asentarla sobre la roca viva de uno de sus más queridos Apóstoles, y no sólo la asegura contra los embates de las puertas del infierno, prome-

(11) Cap. XVI, núm. 4.

(12) V. la cita anterior, núm. 5.

tiéndola que jamás prevalecerían contra ella, sino que la concede, entre otros, el poder, verdaderamente divino, de perdonar los pecados (13), de predicar el Evangelio y bautizar a todas las gentes (14), haciéndolas con ello herederas del reino de los cielos, y de perpetuar el sacrificio del Calvario por medio de la santa misa (15).

Consiguientemente, la Iglesia había de ser para todos sus hijos la verdadera regla de fe en el asunto de sus relaciones con Dios y de la salvación de sus almas. Si pecase contra ti uno de tus hermanos, decía el mismo Jesucristo en una de sus públicas alocuciones, corrígele aparte, a solas con él: si te oyere, le habrás ganado; de otra suerte, hazte acompañar de uno o dos testigos; si ni a ellos atendiere, díselo a la Iglesia; y si ni a ésta quisiere oír, tenle por gentil y publicano (16).

De acuerdo con este espíritu, escribe santa Teresa de Jesús, que cuando Dios tiene a bien comunicarse particularmente con alguna alma, luego la infunde “una fe viva [y] fuerte”; conque procura ir siempre “conforme a lo que tiene la Iglesia, preguntando a unos y a otros,

(13) *Evangelio de san Juan*, cap. 20, 23.

(14) *Evangelio de san Mateo*, cap. 28, 19.

(15) *Evangelio de san Lucas*; cap. 22, 19.

(16) *Evangelio de san Mateo*; cap. 18, 15 y ss.

como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades"; de suerte que no la moverían en contra "cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos" (17).

Y de hecho, en todas sus comunicaciones con Dios no halló la Santa si no motivos para crecer en su amor filial a la Iglesia. Hasta el uso del agua bendita se los proporcionaba. Oigamos si no, lo que de ella nos dice: "Debe ser grande la virtud del agua bendita. Para mí es particular y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreación que no sabría yo darla a entender, como un deleite interior que toda el alma me conforta (18). Esto no es antojo ni cosa que me ha acaecido sólo una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia. Digamos como si uno estuviese con mucha calor y sed y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió refrigerio. Considero yo qué gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace a lo que no es bendito (19).

(17) *Vida*; cap. XXV, núm. 12.

(18) La Santa escribe *conorta*, que dice lo mismo.

(19) *Vida*; cap. XXXI, núm. 4.

Así no es extraño que llegada a sus últimos instantes, se deshiciera en dar gracias a Dios, como refiere un testigo presencial, porque la había hecho *hija de la Iglesia* y concedido la gracia de morir en los brazos de tan buena y santa madre. Como razón de su paz y confianza en tan críticos momentos, repetía muchas veces: "En fin, Señor, soy hija de la Iglesia" (20).

§ III.—LA PROTECCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, DE LOS ÁNGELES Y DE LOS SANTOS

Otra de las creencias más firmes y consoladoras del Catolicismo es esta de que la Santísima Virgen, los Angeles y los Santos, no sólo ven a Dios en el cielo y participan de su gloria, sino que interceden por nosotros y nos alcanzan y dispensan muchas de las gracias que diariamente estamos recibiendo para obrar el bien y conseguir, contra el viento y marea de nuestros enemigos, el negocio de nuestra salvación. Es el último de los temas que a la luz de las comunicaciones sobrenaturales de la Santa, nos habíamos propuesto desarrollar.

Y empezando por la Santísima Virgen ¿quién

(20) *Obras de santa Teresa de Jesús*; edición del P. Silverio de Santa Teresa; pág. XIX.

podrá formarse idea de su gloria y poder allá arriba, siendo, como es, Madre de Dios, hecho hombre por nuestro bien y para abrirnos las puertas del cielo, cerradas hasta entonces por el pecado de nuestros primeros padres? Y supuesto ese su poder ¿qué gracias y beneficios no dispensará a los hombres, sobre todo a aquellos de sus devotos que se encomienden a ella y se los pidan? De ambas cosas, de su gloria del cielo y de su protección poderosa, tenemos pruebas más que suficientes en algunas de las manifestaciones sobrenaturales de santa Teresa.

Véanse los resplandores de gloria que la figura de María despidе en la visión siguiente: Hallándome un día “de Nuestra Señora de la Asunción, escribe la Santa, en un monasterio de la Orden del glorioso santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado y cosas de mi ruín vida. Vínome un arrobamiento tan grande que casi me sacó de mí. Sentéme, y aun paréceme que no pude ver alzar ni oír misa; que después quedé con escrúpulo de esto. Parecióme, estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y suavidad. Y al principio no veía quien me la vestía; después ví a Nuestra Señora, hacia el lado derecho, y a mi padre san José, al izquierdo, que

me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Díjome que la daba mucho contento en servir al glorioso san José, que creyese que lo que pretendía del monasterio, se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían; y que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras, que para señal que sería esto verdad me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar; que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni como imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá como un dibujo de tizne, a manera de decir.

“Era grandísima la hermosura que vi en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con gran-

dísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave... Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento, más a mi parecer que nunca le había tenido, y nunca quisiera quitarme de él, parecióme que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles... Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos, y todo pasó de suerte que nunca pude dudar, aunque mucho lo procurase, no ser cosa de Dios. Dejóme consoladísima y con mucha paz” (21).

Y del amor con que la Santísima Virgen responde a la devoción que aquí la profesan los fieles y súplicas que la hacen, la misma Santa nos dice, como impresión general de su experiencia religiosa de toda la vida, que realmente así es. “Conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella”, escribe en su *Vida* (22). Y bajando a pormenores y refiriéndose a los principios de su fundación de san José, de Avila, escribe estas otras palabras: “Estando todas en el coro, en oración, después de Completas, vi a Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecía ampararnos a todas” (23).

“Otra vez, añade, vi estar a Nuestra Señora

(21) *Vida*; cap. XXXIII, rúms. 14 y 15.

(22) Capítulo I, núm. 7.

(23) *Vida*; cap. XXXVI, núm. 24.

ra poniendo una capa muy blanca al Presentado de esta misma Orden [de santo Domingo] de quien he tratado algunas veces, [el P. Ibáñez]. Dijome que por el servicio que la había hecho en ayudar a que se hiciese esta casa, le daba aquel manto en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal". Y "yo tengo cierto, sigue escribiendo la Santa, que así fué; porque desde a pocos años murió, y su muerte lo que vivió fué, con tanta penitencia la vida y la muerte con tanta santidad, que, a cuanto se puede entender, no hay que poner duda. Dijome un fraile que había estado a su muerte, que antes que expirase, le dijo como estaba con él santo Tomás. Murió con gran gozo y deseo de salir de este destierro. Después me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria y díchome algunas cosas" (24).

Veamos ahora algunos casos por los que se confirma igualmente la verdad católica de la protección que desde el cielo nos dispensan los demás santos.

Así, de san José, escribe la Santa que como se vió tullida en su mocedad y cual la "habían parado los médicos de la tierra", determinó "acudir a los del cielo" para que la "sanasen".

(24) *Vida*; cap. XXXVIII, núm. 13.

Al efecto, tomó por abogado al glorioso Patriarca, encomendándose “mucho a él”. Y “vi claro, sigue diciendo, que así de esta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado sarto, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; de “este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas y quiere el Señor darnos a entender que así como le fué sujeto en la tierra..., así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto” por experiencia algunas otras personas a quienes “yo decía se encomendasen a él...; y aun hay muchas que le son devotas de nuevo experimentando esta verdad” (25).

Uno de los casos en que, por modo tan paternal experimentó la protección de san José, fué el siguiente: “Una vez, escribe en el capítulo XXXIII de su *Vida*, estando en una necesidad, que no sabía qué hacerme ni con qué pagar unos oficiales, me apareció san José, mi verdadero

(25) *Vida*; cap. VI, núm. 6.

padre y señor, y me dió a entender que no me faltarían, que los concertase; y así lo hice, sin ninguna blanca; y el Señor, por maneras que se espantaban los que lo oían, me proveyó" (26).

De otros santos recibió igualmente gracias muy singulares. Así, hablando de las angustias que sufrió en sus primeras comunicaciones sobrenaturales hasta asegurarse de su procedencia divina, dice que suplicaba mucho a Dios que la librase de ser engañada, y continúa: Lo propio hacía " a san Pedro y a san Pablo, que me dijo el Señor, como fué la primera vez que me apareció en su día, que ellos me guardarían no fuese engañada; y así muchas veces los veía al lado izquierdo muy claramente, aunque no con visión imaginaria" (27).

Del admirable interés que por ella y por el bien de sus fundaciones del Carmen, siguió mostrándola después de la muerte san Pedro de Alcántara, dijimos ya algo en otro lugar: aquí sólo añadiremos lo que ella misma escribe en el capítulo XXXVI de su *Vida*, al hablar de los obstáculos hallados en su primera fundación del convento de Avila y del arreglo que algunos la proponían para hacer frente a dichos obstáculos. Dice así: "La noche [antes que se había de

(26) *Vida*; cap. XXXIII, núm. 12.

(27) *Vida*; cap. XXIX, núm. 5.

tratar el asunto del concierto], me apareció el santo fray Pedro de Alcántara, que era ya muerto; antes que muriese, me escribió, como supo la gran... persecución que teníamos, que se holgaba fuese la fundación con contradicción tan grande, que era señal se había el Señor [de] servir muy mucho en este monasterio, pues el demonio tanto ponía en que no se hiciese; y que en ninguna manera viniese en tener renta. Y aun dos o tres veces me persuadió en la carta y que, como esto hiciese, ello vendría a hacerse todo como yo quería. Ya yo le había visto otras dos veces después que murió y la gran gloria que tenía, y así no me hizo temor, antes me holgué mucho; porque siempre aparecía como cuerpo glorificado, lleno de mucha gloria, y dábamela muy grandísima verle...; no digo aquí más de cómo esta vez me mostró rigor, y sólo me dijo que en ningún amañera tomase renta, y que por qué no quería tomar su consejo, y desapareció luego" (28). La Santa dejó naturalmente tales proyectos, y al fin, de acuerdo con la promesa del Santo, todo se arregló "como" ella quería. Sobre el mismo asunto, nos comunica otro favor más de esta clase la Santa. Oigámosla: "El día de santa Clara, dice, yendo a comulgar, se me apareció con mucha hermosu-

(28) *Vida*; cap. XXXVI, núms. 20 y 21.

ra: díjome que me esforzase y fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaría. Yo la tomé gran devoción, y ha salido tan verdad que un monasterio de monjas de su orden, que está cerca de éste, nos ayuda a sustentar” (29).

Ni sólo directamente y por sus Santos provee el Señor a nuestras necesidades del cuerpo y del espíritu, conque nos lleguemos más y más a El y al cumplimiento de su divina voluntad, sino también por medio de sus Angeles. Véase en comprobación de ello y de los innumerables testimonios que de esta verdad hallamos en las Escrituras Sagradas, el hecho siguiente, que de sí mismo nos refiere la propia santa Teresa de Jesús. Va hablando de una de las comunicaciones más admirables y verdaderamente divinas que la hizo sentir el Señor, poniendo en ella un amor tan grande a su Divina Majestad que sin procurarlo la Santa, se sentía verdaderamente morir. Ocasiones había en que estos ímpetus eran tan fuertes que “ni pies ni brazos” podía “menear”; antes si el que los sufre, añade ella misma, “está en pie, se sienta como una cosa trasportada” que no puede ni aun resollar; “sólo da unos gemidos, no grandes, porque no puede más; sonlo en el sentimiento.

(29) *Vida*; cap. XXXIII, núm. 13.

Pues “quiso el Señor, añade, que viese aquí algunas veces esta visión: veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo, en forma corporal, lo que no suelo ver si no por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles”, es a la manera que he dicho de otras visiones. “Esta visión quiso el Señor le viese así. No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan. Deben ser los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen; mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos; y tan excesiva la suavidad que pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el al-

ma y Dios que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensase que miento” (30).

Pasando por aïto, aunque no sin hacernos violencia, los sentimientos de admiración que es imposible dejar de experimentar ante hechos tan maravillosamente sobrenaturales y divinos, limitémonos a deducir nuevamente del hecho y visión aquí consignados por la Santa, la verdad de la creencia católica de los esfuerzos que no sólo por Sí mismo, directamente, sino por medio de sus santos y de sus ángeles hace el Señor para movernos a ir a El, a amarle con todo nuestro corazón, a tomar su cruz y seguirle en este mundo por el camino de se su mismo amor y del cumplimiento de su divina voluntad hasta la hora en que, cerrados los ojos a las cosas de esta vida, los abramos para contemplarle a El en el éxtasis eterno de felicidad y de gloria del cielo.

Es el pensamiento que, en orden a inculcármele a mí mismo y a cada uno de mis lectores, me ha hecho tomar la pluma y trazar estas páginas.

Conque avivada nuestra fe al contacto con las singulares luces y gracias concedidas a santa

(30) *Vida*; cap. XXIX, núms. 12 y 13.

Teresa de Jesús, hagamos por vivir más cristianamente cada día, asegurando con ello nuestra eterna salvación, se habrán cumplido mis deseos.

Y creo que los de mis lectores.

Hágalo así el Señor.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Al que leyere.....	7
PARTE PRIMERA	
Capítulo I: Datos biográficos.....	13
Capítulo II: Certidumbre que en la realidad y circunstancias de los hechos sobrenatu- rales por ella experimentados, ofrece el testimonio de santa Teresa de Jesús...	23
§ I. Criterios internos	24
§ II. Criterios externos	46
Capítulo III: Origen divino de los fenóme- nos extraordinarios experimentados por santa Teresa de Jesús.....	51
PARTE SEGUNDA	
Capítulo I: Existencia y concepto de Dios.	73
Capítulo II: El hombre.....	91
§ I. Naturaleza del hombre.....	91
§ II. Estado de lucha entre el bien y el mal a que el hombre se halla su- jeto en esta vida.....	97
Capítulo III: Jesucristo Dios y hombre.....	105
Capítulo IV: Vida eterna y dichosísima de los que mueren en gracia de Dios.....	119
Capítulo V: Castigo eterno de los que viven y mueren alejados de Dios por la culpa...	133
Capítulo VI: El dogma del purgatorio.....	152
Capítulo VII: Medios que el Señor en su bondad infinita ofrece al hombre para que pueda conseguir su salvación.....	168

Nihil obstat.
P. Ignacio Martín.

Censor
20 de septiembre de 1935

Imprimi potest:
Adolphus Tobar
prov. matrit, C. M. Visitator

Imprimase:
Dr. Manuel Rubio
Provic. gen.

FE DE ERRATAS

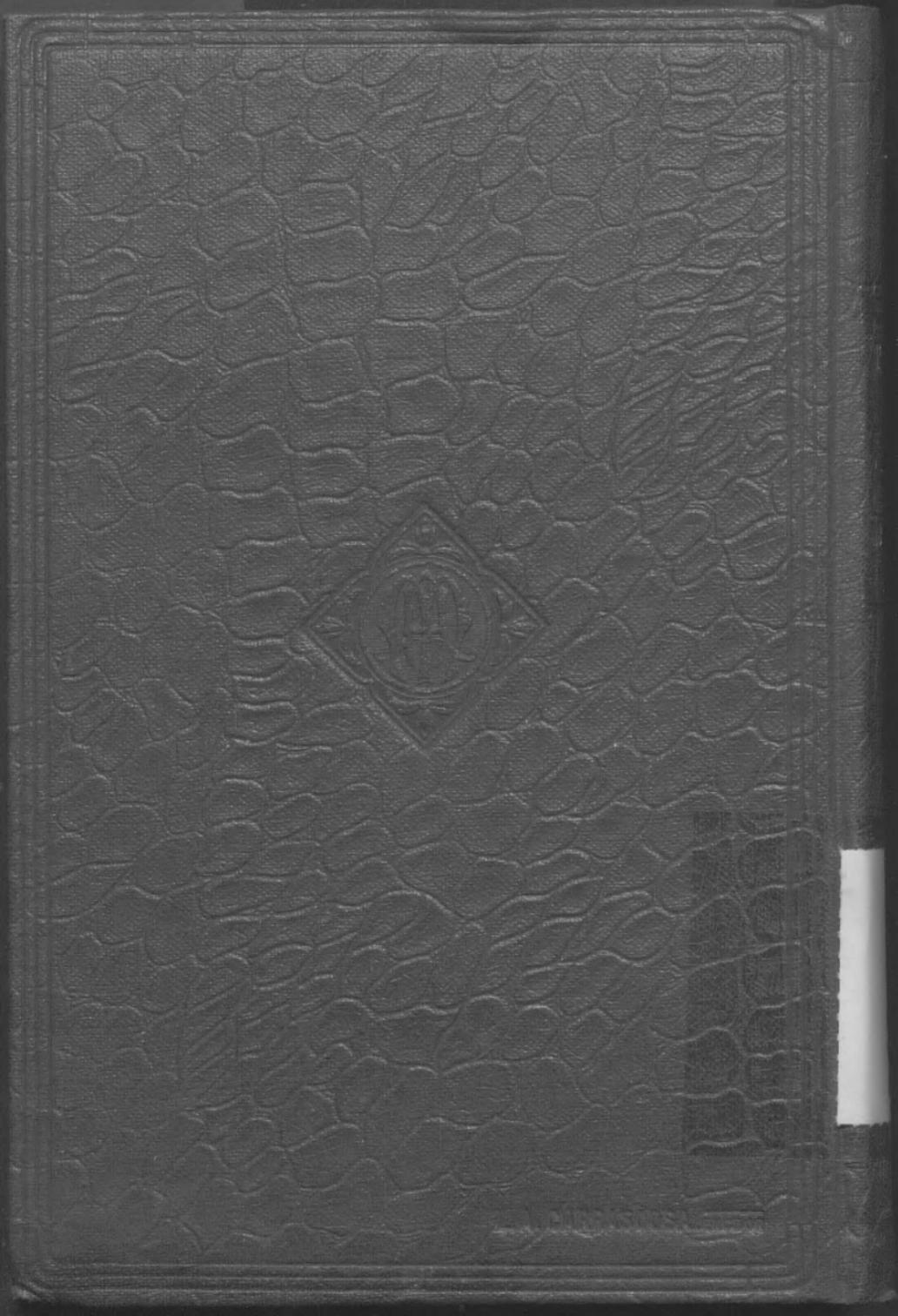
<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
62	10	he	ha
98	21	deléltome	deléitome
126	9	los	lo

En cuatro o cinco palabras va invertida alguna letra, errata que fácilmente puede enmendar el lector.

En la página 152 no debe ir punto final después de la palabra «bienaventuradas».

PRECIO DE ESTA OBRA

En rústica.	3,50 pesetas
Encuadernada	4,75 »



G 333605